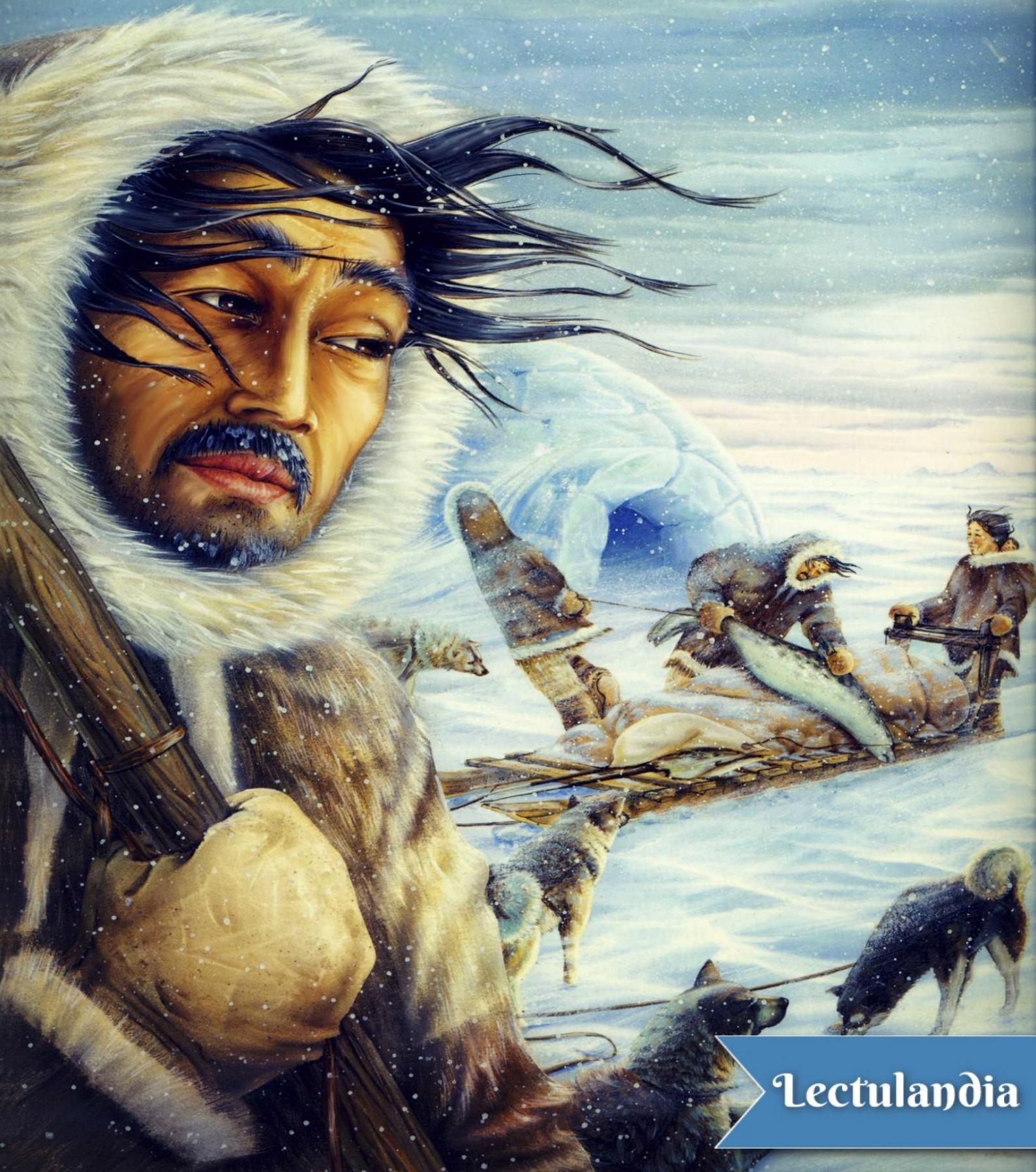


JOSÉ VICENTE ALFARO

CORAZÓN ESQUIMAL



Lectulandia

CORAZÓN ESQUIMAL



JOSÉ VICENTE ALFARO

Para todos mis lectores de ayer, hoy y mañana. Gracias infinitas por acompañarme en el camino.

PREFACIO

Los esquimales son los habitantes del Ártico (Alaska, norte de Canadá y Groenlandia), cuyas tribus se distribuyen a lo largo de casi 6.000 kilómetros de longitud, si bien hay que tener en cuenta que su densidad de población es tremendamente baja.

Pese a la enorme extensión geográfica que ocupaban, los esquimales compartían idioma, raza y tradición oral, aunque su cultura material difería bastante en función de las condiciones climáticas y recursos naturales particulares del territorio donde estuviesen asentados.

Su hábitat es uno de los más extremos del planeta. El entorno de la tundra ártica y su infinito paisaje nevado apenas deja resquicio para la vida. La vegetación es casi inexistente, las temperaturas llegan a alcanzar los 50 grados bajo cero en invierno, y una gruesa capa de hielo suele cubrir el mar a lo largo de varios meses.

Su medio de subsistencia se basaba en la caza y la pesca. Además, en general eran nómadas: una parte del año la pasaban en la costa para abastecerse de los animales marinos, y la otra en el interior tras el rastro de los terrestres, en función de sus rutas migratorias.

De cabellos hirsutos y tez morena curtida por el sol, los esquimales son muy bajos aunque de constitución fuerte, así como de extremidades cortas que facilitan el riego sanguíneo y la conservación del calor.

La palabra «esquimal» que les designa procede de los indios algonquinos y significa «devoradores de carne cruda». No obstante, debido al carácter peyorativo que implica dicha acepción, oficialmente se usa el término «inuit», que significa «los hombres», y que era la manera como ellos se denominaban a sí mismos, como si se considerasen los únicos hombres verdaderos o como si no hubiese otros hombres que ellos. Tal era así que, de hecho, y debido a su particular situación de aislamiento, algunas de sus comunidades vivieron durante siglos creyendo ser los únicos seres humanos que habitaban el planeta.

CAPÍTULO PRIMERO

Groenlandia. Siglo XIV d. C.

Sialuk se sentía tan exultante como el resto de cazadores de la aldea.

Aquella mañana de finales de otoño habían lanzado al mar el único *umiak* de que disponían, tras haber avistado una manada de cetáceos que hacían su habitual ruta migratoria en aquella época del año. El *umiak* era una embarcación recubierta de pieles propia de los inuit, que se empleaba tanto para el transporte de personas como para las expediciones balleneras. Mientras sus compañeros remaban a conciencia, Sialuk había asumido la responsabilidad de arponear al ejemplar que tenían más cerca. El tiro fue perfecto y el arpón se clavó en el lomo de la ballena. El proyectil llevaba adherido una vejiga de piel de foca llena de aire, cuya acción facilitaba enormemente la captura de los mamíferos marinos. Cada vez que se sumergía, el animal sentía una tracción hacia arriba por acción del flotador, que además de cansarle servía para indicar el lugar por donde saldría a respirar la próxima vez. Varios arponazos después la ballena se había comenzado a desangrar y, agotada, fue finalmente lanceada hasta la muerte.

Para un asentamiento como el de Sialuk, formado por unas cinco familias y un total de no más de treinta miembros, aquella captura se traducía en una reserva para todo el invierno. Tanto la carne como la piel de la ballena se comían, la grasa servía de combustible, y con sus huesos fabricaban herramientas.

En aquel momento ya era de noche y las estrellas despuntaban en el firmamento como barcos a la deriva en un mar oscuro y tenebroso. Los cazadores se estaban dando un festín en la casa comunal —denominada *kashim*—, que los hombres usaban como lugar de reunión, así como para las celebraciones y ceremonias.

Sialuk decidió salir un instante para llevarle a su familia unas cuantas tajadas de carne. Las casas del poblado eran rectangulares, de una sola estancia con ventanas translúcidas hechas con intestinos de foca, y un pasillo de entrada colocado a un nivel más bajo de modo que el aire frío se quedase atrapado en él. Las paredes eran de piedra y los resquicios se rellenaban de nieve para lograr su completo aislamiento. El tejado se cubría con láminas de tierra y turba y se empleaban huesos de ballena para sostenerlo. Bien entrada la primavera estas casas se dejaban de habitar debido a que se llenaban de agua por el deshielo. En verano levantaban tiendas de pieles, mientras que los iglús de nieve se utilizaban solamente en los desplazamientos.

Sialuk, de constitución robusta, mandíbula ancha y pómulos salientes, accedió al interior de su hogar y saludó a su familia riendo y agitando la carne de ballena que había traído consigo. Su mujer dejó a un lado la piel que estaba raspando y le devolvió una sonrisa cargada de orgullo. Meriwa se peinaba el cabello hacia atrás y se lo recogía en un moño alto, y aunque sus rasgos eran excesivamente marcados, siempre se las arreglaba para lucir una expresión dulce.

La madre de Sialuk, de rostro apergaminado por la edad, interrumpió la historia que les estaba contando a sus nietos. Tres eran los hijos que la pareja había tenido. La mayor, de trece años, se llamaba Kireama y ya estaba aprendiendo las tareas propias de su sexo. En la sociedad esquimal el reparto de roles estaba muy definido: los hombres se dedicaban a la caza y a la confección de los utensilios, mientras las mujeres se encargaban del procesamiento de la comida y de la confección del calzado y el vestido. Anori era su segundo hijo. Tenía nueve años y a partir de la siguiente primavera ya tendría edad suficiente como para iniciarse en los rudimentos de la caza. Por último, Nukappi era el más pequeño de todos ellos, pues apenas superaba los tres años de vida.

Sialuk contempló a su familia y, además de un profundo amor, sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. La supervivencia de todos ellos dependía de su habilidad para cazar. De lo contrario, sencillamente acabarían muriendo de inanición.

De repente, a sus oídos llegaron los ladridos de los perros que parecían muy alterados, seguidos de un estruendo de alaridos que le hicieron temer lo peor.

Sialuk se asomó al exterior y el horror lo dejó paralizado. ¡Los *qallunaat* les estaban atacando! Con toda seguridad les habrían visto capturar la ballena, y habían esperado hasta la noche para asaltarlos y hacerse con su preciado botín, aprovechando que todos los hombres se hallaban reunidos en el *kashim* y constituían un blanco fácil. No conformes con eso, y para evitar futuras venganzas, también estaban acabando con la vida de las mujeres y los niños.

Sialuk pensó a toda velocidad. Plantar cara ya no tenía sentido. No obstante, el hecho de que su casa fuese la más alejada del poblado quizás le diese una oportunidad de sobrevivir.

Inmediatamente alertó a Meriwa para que saliese con su madre y sus hijos, al tiempo que él se encargaba de enganchar los perros al trineo y retirar el ancla sepultada en la nieve. Conforme su familia abandonaba la casa, los *qallunaat* consumaban la masacre y el pánico se adueñaba del corazón de Sialuk.

—¡Rápido! —apremió.

Meriwa tomó al más pequeño en brazos y ocupó un lugar en el trineo junto a la abuela, mientras los otros dos niños se situaban detrás. No había espacio para nadie más, ni los perros —eran solo tres— habrían podido cargar con tanto peso. Sialuk hizo restallar el látigo y se obligó a trotar junto al vehículo al ritmo impuesto por los canes. Aunque no avanzaban muy deprisa, poco a poco fueron dejando el peligro atrás. La mejor noticia era que los asaltantes no les perseguían. Al cabo de un rato, el poblado se redujo a un puntito indefinido en mitad de la nieve.

Más tranquilos disminuyeron el ritmo de la marcha, pero sin detenerse ni una sola vez en toda la noche.

A la mañana siguiente, el sol crepuscular tiñó de oro el campo de hielo como si se hubiese encendido. Durante los meses más fríos del año el mar se transformaba en una gruesa capa de hielo que aumentaba la superficie de tierra habitable. A un lado se veían cadenas montañosas de cumbres nevadas, y al otro la costa que lindaba con el océano bañado de icebergs y témpanos glaciales.

Pese a haber salvado la vida, Sialuk no ignoraba que se encontraban en serios apuros. La aldea más cercana se hallaba a dos días de camino, siempre y cuando hubiese podido emplear la máxima velocidad posible de haber ido solo en el trineo. Los diferentes asentamientos estaban muy dispersos entre sí, para de ese modo sacar el mayor provecho posible a cada territorio de caza. De hecho, la extensión de la isla era tan grande, que algunos de los grupos de esquimales que la habitaban ni siquiera se conocían.

Pronto, el hambre se convertiría en su problema principal. La precipitada huida les había impedido aprovisionarse, y Sialuk tampoco llevaba consigo los instrumentos necesarios para cazar o pescar a lo largo de la travesía, lo cual habría bastado para mantener a su familia a salvo hasta llegar a su destino.

Continuaron avanzando sin descanso, soportando los cristales de nieve que por culpa del viento se les clavaban en las mejillas. Del frío, al menos, estaban bien protegidos gracias a las parkas confeccionadas por la propia Meriwa, con piel de caribú y también de oso. Las botas que llevaban estaban hechas de piel de foca, por la sencilla razón de que esta era impermeable. Bebían puñados de nieve que cogían del suelo sin detener el avance del trineo.

Al caer la tarde se levantó una ventisca frente a la cual se tendrían que proteger, o no sobrevivirían a la noche. Afortunadamente, Sialuk llevaba en el trineo su sierra

de mandíbula de tiburón, el único utensilio de que disponía.

—Tenemos que construir un iglú —dijo.

Sialuk trazó un círculo sobre el hielo, y a continuación comenzó a cortar bloques de nieve del mismo centro, que iba colocando unos sobre otros de manera que en la parte alta formasen una especie de bóveda. Por su lado, Meriwa anclaba el trineo, mientras Kireama y Anori usaban polvillo de nieve para cerrar las rendijas que quedaban entre los bloques. El proceso les llevó poco más de una hora. El iglú, que apenas se levantaba un metro sobre la superficie, pues el espacio restante se le ganaba al suelo, estaba preparado para soportar todo tipo de vendavales debido a su particular forma esférica.

Gateando, uno a uno fueron entrando en el refugio, dejando a los perros en el estrecho pasillo de entrada. Meriwa extendió una piel de caribú en el suelo, y todos se juntaron para darse calor, ya que ni siquiera contaban con los habituales sacos de pieles donde embutirse. El pequeño Nukappi lloraba porque tenía hambre, y la abuela le confortaba meciéndole en los brazos y cantándole una nana. A través de las gruesas paredes se oía el aullido del viento, y por debajo de ellos el rumor de las corrientes submarinas.

Sialuk se levantó con el alba y dejó que su familia continuase durmiendo algo más de tiempo en el iglú. Caminó unos pasos hasta localizar un pedazo de banquisa que fuese lo suficientemente delgada como para poder cortarla con la sierra, y abrió un agujero rectangular a través del cual comenzó a escudriñar sus aguas verdes. Aunque de vez en cuando se adivinaba la silueta de una trucha, sin sus aparejos de pesca o al menos un arpón lo tenía extraordinariamente difícil. Con todo, probó a sumergir la mano enguantada cuando algún pez pasaba cerca de la superficie del agua, pero todos sus intentos fueron en vano.

Un rato más tarde apareció Anori y se sentó a su lado.

—Papá, ¿lo conseguiremos? —preguntó. Llevaban día y medio sin probar bocado y aún faltaba un largo trecho para llegar a la aldea vecina.

Sialuk miró a su hijo con gesto serio. Anori aún no había dado el estirón ni le había cambiado la voz, signos inequívocos de que habría dejado atrás la niñez para convertirse en adulto. Poseía un carácter taciturno poco común entre los suyos, pues los esquimales gozaban de un gran sentido del humor que contribuía a hacer sus vidas más llevaderas en circunstancias tan adversas.

—Por supuesto que sí —repuso—. Aunque vamos a sufrir mucho. Prepárate

para ser fuerte como nunca hasta ahora.

De repente, muy cerca de la superficie surcó todo un banco de peces, y Sialuk pegó un zarpazo en el agua mediante el cual sacó tres ejemplares que cayeron sobre la capa de hielo.

—Me has traído suerte, Anori —dijo con una sonrisa.

Aunque más bien pequeños, dadas las circunstancias aquella inesperada pesca constituía un verdadero tesoro que tendría que racionar con extrema cautela. Regresaron al iglú para compartir la alegría con el resto. Una de las truchas la repartió entre los seis miembros de la familia, mientras guardaba las otras para después. De momento, los perros tendrían que pasar sin comer, si bien su resistencia era mucho mayor.

Reanudaron la marcha a través de aquella explanada blanca, interminable y solitaria, que bien podía constituir el reflejo de un cielo forrado de nubes. El frío arreciaba a intervalos y el aliento se les condensaba en minúsculos cristallitos de hielo, al tiempo que un polvillo de nieve se les adhería a los párpados y las narices. A veces, cuando escupían, la saliva se congelaba en el aire antes de tocar el suelo.

Por la noche repitieron el mismo ritual. Edificaron un iglú para descansar, y a la mañana siguiente Sialuk intentó pescar aunque esta vez no tuvo tanta suerte. Los perros, cada vez más hambrientos, se peleaban entre ellos, y cuando tocó reemprender el camino rehusaron tirar del trineo, hasta que Sialuk les metió en vereda tras repartir latigazos a diestro y siniestro.

Con la llegada del ocaso completaron sus tres primeros días de viaje, atormentados por el fantasma del hambre que cada vez se hacía más y más presente. Sialuk sacó otra de las truchas que guardaba y la partió en dos. Una mitad se la guardó entre la ropa para ablandarla con su calor corporal, mientras la otra la desmenuzaba en tres pedazos con ayuda de la sierra. Acto seguido le lanzó la carne a los perros, que la devoraron con espigas y sin ni siquiera masticar.

Cuando ya se hubo descongelado recuperó la mitad que había guardado, y le fue dando un trozo a cada miembro de la familia. Como el pequeño Nukappi no había desarrollado todavía dientes lo bastante fuertes, Meriwa le preparó la comida masticándola antes en su propia boca. La madre de Sialuk, sin embargo, rechazó la porción que le correspondía.

—Dale mi parte a los niños —anunció con voz serena—. Ha llegado la hora de que siga mi propio camino.

La vieja mujer restregó el rostro contra el de su hijo, y luego abrazó a su nuera y a sus nietos. Había lágrimas en sus ojos, pero también una tímida sonrisa. Se despojó de su vestido hecho de piel de garzas marinas y se lo dio a Meriwa. Ella ya no lo necesitaría allá donde iba. En tiempos de penuria, los ancianos abandonaban de forma voluntaria las comunidades donde residían, para morir en la inmensidad del paisaje helado que siempre habían conocido. Sialuk no trató de impedirselo pese al dolor que sentía, porque sabía que su madre estaba haciendo lo correcto. La supervivencia del grupo estaba siempre por encima de la del individuo. Sin aquella regla de oro, los esquimales jamás habrían podido sobrevivir durante siglos en las inhóspitas tierras árticas.

La anciana dedicó una última mirada a su familia y comenzó a caminar en la dirección opuesta, haciéndose cada vez más y más pequeña conforme se alejaba en la distancia. En cuanto se le acabasen las fuerzas se detendría y, sin prendas de abrigo, se congelaría en escasos minutos.

—A partir de hoy no debéis pronunciar el nombre de la abuela —advirtió Sialuk.

De acuerdo con las creencias inuit, los individuos estaban compuestos de tres elementos: el cuerpo, el alma y el nombre. De modo que, cuando el cuerpo moría, aún quedaban dos. El alma, que iba a un lugar similar al paraíso, con caza abundante y un clima agradable. Y el nombre, que permanecía vagando por la tierra, hasta que le era puesto a un recién nacido, que adquiría las cualidades del difunto en una suerte de reencarnación. Hasta entonces, sin embargo, existía un miedo atávico a decir en voz alta el nombre del fallecido.

El cuarto y el quinto día de viaje fueron un calco de los anteriores, con la salvedad de que la situación se hacía cada vez peor.

El viento a ráfagas les arrojaba al rostro diminutas esquirlas, y las neviscas dificultaban su marcha aún más si cabía. Los perros se quejaban con insistencia y no les faltaba razón. Habitualmente, Sialuk les calzaba con unas fundas de piel para protegerles de las astillas de hielo, pero debido a su atropellada salida esta vez no había podido hacerlo. Dos de ellos cojeaban y el tercero tenía las patas llagadas por culpa de la sal marina.

La carencia de alimentos les estaba pasando factura a todos ellos, y en especial a sus hijos. Sobre todo al pequeño Nukappi, que era el que se encontraba más débil. Sialuk se arrancó un retal de la parte superior de la bota y, tras hacerla tiras, le dio un

trozo a cada miembro de su familia para que lo mascasen con el fin de engañar al hambre. Por desgracia, pese a haberlo intentado de nuevo cada mañana mientras los suyos aún dormían, no había vuelto a pescar absolutamente nada.

La noche del quinto día Sialuk sacó la última trucha que le quedaba, muy probablemente el último alimento de que dispondrían hasta llegar a su destino. Al principio, se dispuso a dividirla en cinco trozos, uno para cada uno. No obstante, después se lo pensó mejor y mantuvo en voz baja con Meriwa la conversación más difícil de toda su vida. Ella no pudo evitar el llanto pero comprendió la decisión de su marido. Nukappi estaba exangüe y mostraba claros signos de que en aquellas condiciones no duraría mucho. Kireama y Anori, sin embargo, contaban con más posibilidades de sobrevivir. La decisión más lógica, por tanto, era despedirse definitivamente del pequeño para repartir su pedazo de pescado entre sus dos hermanos mayores.

Durante los periodos de hambrunas, cuando no quedaba más remedio, entre los inuit se practicaba el infanticidio en bebés de hasta tres años, especialmente del sexo femenino. La consigna era muy clara: la supervivencia del grupo estaba siempre por encima de la del individuo.

Sialuk cogió a Nukappi en brazos y lo depositó en una lámina de hielo que sobresalía de la orilla. Seguidamente, procedió a aserrarla hasta separarla de la placa principal que rodeaba la isla, y de un empujón la precipitó hacia el océano infinito. El crío ni siquiera lloraba porque hacía tiempo que había perdido el sentido. Sialuk y su familia contemplaron la placa de hielo deslizándose sobre las aguas, hasta que definitivamente se perdió entre la bruma.

Aquella noche no hubo palabras, tan solo suspiros y lágrimas. Sialuk sentía un enorme desgarró en lo más profundo de su alma. Aquella desesperada huida ya se había cobrado dos vidas: la de su madre y la de uno de sus hijos.

El sexto día de viaje transcurrió con extrema lentitud, como si el tiempo se hubiese detenido y se negase a discurrir al verdadero ritmo dictado por la naturaleza. A pesar de que avanzaban, parecía que no se movían del sitio porque la vista era siempre la misma: un paisaje blanco y helado desbordado de silencio y soledad. Los cuatro últimos supervivientes del poblado asaltado por los extranjeros percibían sus propios sentidos adormecidos, en parte por el frío y en parte por el dolor de la reciente pérdida. El hambre ni siquiera les dejaba ya pensar con claridad.

Al día siguiente, sin embargo, cuando se cumplía una semana de su partida, al fin atisbaron en la distancia el anhelado asentamiento vecino.

La llegada de visitantes constituía siempre un evento especial en aquellas

tierras, de manera que un gran número de lugareños acudieron a recibirlos. No obstante, enseguida se consternaron al oír las terribles noticias que traían, pues muchos de ellos estaban emparentados con los habitantes de su aldea.

—¿Fueron los *qallunaat*?

—En efecto —corroboró Sialuk.

Los *qallunaat* (cejas grandes) era el modo en que los esquimales denominaban a los vikingos, que desde hacía ya más de trescientos años habían establecido una colonia en Groenlandia.

Los vikingos se habían instalado en el interior de dos sistemas de fiordos de la costa sudoccidental, en un entorno verde adecuado para ser usado como pasto que, resguardado de las frías corrientes oceánicas, era capaz de albergar una vegetación compuesta por enebros, alisos, abedules y sauces enanos. El resto de la isla no era más que una región blanca e inhabitable, y tan solo aquellos dos sectores poseían un clima benigno, aunque no por ello dejaba de ser frío, ventoso y variable.

La población nórdica —ya cristianizada—, superaba los cinco mil habitantes repartidos en aproximadamente doscientas cincuenta granjas organizadas en comunidades, cuya vida giraba en torno a una docena de iglesias y hasta una catedral. En el año 1124 la Iglesia Católica había nombrado su primer obispo para Groenlandia, y en el 1261 la colonia pasó a formar parte del reino de Noruega.

Su economía de subsistencia se basaba en la crianza de ganado doméstico, imitando el sistema que empleaban en sus tierras de origen. En mayor proporción vacas y cerdos, y en menor cabras y ovejas, además de patos y gansos. Asimismo, trataron de complementar el pastoreo con el cultivo de grano.

Como no podía ser de otra manera, el primer encuentro entre ambos pueblos estuvo cargado de tensión, ante la incertidumbre de cómo reaccionaría cada una de las partes. Finalmente, el derramamiento de sangre resultó inevitable. Los esquimales, al menos, comprobaron que aquellos seres de tez pálida y cabello de fuego eran hombres como ellos, y no espíritus del aire como en un principio habían creído. Los europeos, por su parte, consideraron a los nativos como seres salvajes y primitivos, y por tanto muy poco confiables. Con el tiempo, sin embargo, entre unos y otros se establecieron relaciones comerciales. Los inuit recibían tejidos y productos lácteos, y los nórdicos colmillos de morsa y pieles de osos polares, que exportaban a Europa a cambio de dos artículos que les resultaban esenciales: el hierro y la madera.

La colonia recibía la visita de un barco mercante procedente de Noruega una o

dos veces al año, cuya llegada constituía todo un acontecimiento para la población.

No obstante, la prosperidad de los colonos pronto comenzó a malograrse, tras darse cuenta de que Groenlandia era un lugar mucho más inhóspito de lo que se habían imaginado.

Para empezar, los cerdos no se adaptaron al entorno natural propio de la isla, y su número de ejemplares se fue reduciendo poco a poco hasta desaparecer por completo. Las vacas, por su parte, exigían un gran esfuerzo de crianza, debido a que solo podían encontrar hierba en los pastos durante los meses de verano. El resto del año eran resguardadas en los establos y alimentadas con heno, que muchas veces escaseaba si la meteorología no resultaba lo suficientemente favorable. La agricultura tampoco dio los frutos esperados, ya que la dureza del clima perjudicaba los cultivos, y la estación de crecimiento era además extremadamente corta.

Obligados a completar la dieta, los colonos pusieron el punto de mira en las especies autóctonas —sobre todo la foca y el caribú—, para lo cual organizaban expediciones de caza y también establecían campamentos estacionales en áreas situadas mucho más al norte. Fue a partir de entonces cuando los conflictos con la población esquimal volvieron a resurgir, pues ambos pueblos pasaron a competir por los mismos recursos naturales que necesitaban para la supervivencia.

Conforme pasaba el tiempo, la vida en la colonia se fue haciendo cada vez más y más difícil. Sus propios habitantes habían quemado parte de los bosques para despejar territorio con el fin de destinarlo al pasto. Además, habían talado numerosos árboles para obtener tablones y leña, sin tener en cuenta lo mucho que tardaban en regenerarse. La deforestación trajo como consecuencia no solo la acuciante escasez de madera, sino también la imposibilidad de fabricar instrumentos de hierro, para lo cual hacían falta ingentes cantidades de carbón vegetal.

Para agravar la situación, las visitas de los barcos mercantes ya solo se producían cada varios años, debido al aumento del peligro que entrañaba la travesía por el océano.

Los últimos inviernos habían sido cada vez más largos y fríos, y los más débiles no vivían para ver la siguiente primavera. Ante semejante panorama, a nadie podía extrañar que la desesperación de los vikingos les llevase a asaltar un poblado esquimal repleto de valiosos víveres.

—Pensé que no lograríamos llegar hasta aquí —añadió Sialuk con un hilo de voz. A continuación contempló a Meriwa y esbozó una sonrisa. Después de todo, al

menos habían conseguido salvar a sus dos hijos mayores —Kireama y Anori—, que probablemente no hubiesen sobrevivido por mucho más tiempo.

—Venid —les dijeron—. Nos ocuparemos de vosotros y pronto os habréis restablecido.

CAPÍTULO SEGUNDO

El nuevo asentamiento donde se instalaron no era tan pequeño como el anterior. Aquello tranquilizó a Sialuk, pues a los *qallunaat* difícilmente se les ocurriría reproducir allí un asalto similar al que habían llevado a cabo en su aldea.

En los poblados inuit no había un jefe como tal, y cada una de las familias actuaba con total libertad, en tanto respetasen las normas de convivencia y los tabúes establecidos. Con todo, siempre había alguien que ejercía de cabecilla, especialmente en las situaciones extremas. Dicho papel solía recaer en el cazador más capaz, si bien aquella cualidad por sí sola no era suficiente. Además, un buen líder debía poseer una serie de valores morales, entre los que destacaban la modestia y la generosidad. En aquel lugar, dicho rol lo desempeñaba un hombre de ralos bigotes llamado Malik, que les dio la bienvenida de manera oficial y les concedió permiso para establecerse allí si así lo estimaban oportuno.

Sialuk construyó a toda prisa un refugio al que poder llamar hogar. Después, el resto de aldeanos les obsequió de forma solidaria con lo más importante para hacerlo habitable: una lámpara de esteatita y pieles en abundancia. Todas las casas precisaban para calentarse e iluminarse de una lámpara alimentada con grasa de foca y musgo seco que hacía de mecha. Con las pieles, Meriwa confeccionó sacos para dormir y nuevas vestiduras imprescindibles para el invierno. Su hija Kireama también se dedicó a la tarea, demostrando que cada vez dominaba con mayor destreza el arte de coser.

Sialuk, por su parte, se dedicó a elaborar nuevos utensilios y armas que habría de necesitar para poder salir de caza, tales como un hacha de sílice, un cuchillo de piedra o un arpón de asta. Anori le observó trabajar en silencio, pues muy pronto tendría que familiarizarse con el manejo de todos aquellos instrumentos, que él mismo se tendría que fabricar.

Cada día recibían la visita de diferentes habitantes del poblado, que les llevaban todo tipo de alimentos con que llenar la despensa: vísceras crudas de aves, médula rancia llena de larvas o sesos de oso fermentados. Haciendo gala de una gran generosidad, la mayoría se desprendía de los manjares más selectos que para ellos mismos se habían reservado. Los esquimales solían tomar la mayor parte de la comida cruda o congelada, aunque a veces también la hervían en sus lámparas de aceite.

Al cabo de una semana, Malik y su familia también se pasaron a verles. La mujer del líder del poblado, llamada Nuvua, era de constitución rechoncha y lucía un peinado en forma de torre que sostenía con espinas de pescado. El hijo de ambos se llamaba Ituko, y a sus diecinueve años era el joven soltero más codiciado por las muchachas del poblado.

Meriwa puso té a calentar y les dio la bienvenida a su hogar con una sonrisa. Todos se saludaron con mucha ceremonia y se sentaron en el suelo sobre una piel de caribú.

Malik tomó la palabra y se dirigió a Sialuk con gesto serio.

—Después de lo que nos contaste, envié inmediatamente a mi hijo para que lo comprobase sobre el terreno —explicó—. Cabía la posibilidad de que alguien hubiese sobrevivido y requiriese de nuestra ayuda.

—Pero no quedaba nadie...

—No, por desgracia, estabas en lo cierto. ¿Verdad, Ituko?

El joven asintió con la cabeza. Llevaba el cabello largo y suelto, y poseía un físico fuerte y compacto.

—Lo que vi fue horrible —dijo—. Los habían matado a todos, incluyendo mujeres y niños.

Malik se sentía especialmente afectado, debido a que una hermana suya residía en aquel poblado tras haberse casado con uno de sus habitantes años atrás.

—Los malditos *qallunaat* se están convirtiendo en un problema cada vez más serio —señaló.

—Deberíamos devolverles el golpe —intervino su hijo con impetuosidad.

Kireama observaba al muchacho con la mirada arrebatada. Ituko se dio cuenta y también posó sus ojos en ella, sin poder disimular su turbación. La joven, de melena azabache recogida en dos trenzas que le caían sobre el pecho, era más hermosa de lo que a simple vista le había parecido. Nadie se apercibió del insinuante cruce de miradas excepto Meriwa, que conocía a su hija como la palma de su mano.

—Atacarles en sus asentamientos no sería lo más inteligente —arguyó Sialuk—. Llevaríamos todas las de perder.

Los hombres debatieron en torno al interminable conflicto con los extranjeros, mientras las mujeres les escuchaban con cierta preocupación.

Finalmente, Malik y su familia se despidieron poco antes del atardecer.

En la estación invernal la caza escaseaba, pero como carecían de las suficientes reservas para afrontarla por completo, y el fantasma del hambre amenazaba con sobrevolar el abarrotado asentamiento inuit, varios hombres comenzaron a adentrarse todos los días en la tundra, donde tendían lazos y excavaban trampas para la captura de liebres y zorros.

En cuanto Sialuk terminó de fabricar sus armas, se unió al primer grupo de caza que partió temprano en la mañana para revisar las trampas que habían dejado el día anterior. La cuadrilla la encabezaba Malik, al que acompañaba su propio hijo Ituko junto a otros dos hombres más.

Un zorro había caído en una trampa, y Malik lo desolló allí mismo con mano experta, dejando a la vista sus tiernas vísceras que constituían toda una delicia para el paladar. Su carne era correosa y dulzona, y la piel se utilizaba sobre todo como estropajo.

Reinaba la quietud cuando, de pronto, los perros que venían con ellos comenzaron a agitarse sin razón aparente. Tras el desconcierto inicial, Sialuk fue el primero en descubrir el objeto de su excitación: la presencia en la lejanía de un oso polar.

Los perros echaron a correr tras una indicación de Malik, y enseguida acorralaron a su presa contra un bloque de hielo. El oso no se arredró y se irguió sobre sus patas traseras, emitiendo un feroz rugido. Sus ojos brillaban de furia y de sus fauces brotaba un intermitente aliento de vapor.

Uno de los perros se acercó demasiado y un terrible zarpazo lo lanzó despedido. Murió en el acto, antes incluso de caer sobre la nieve.

Ituko tenía un arco y apostado a una distancia prudente disparó varios flechazos. La mayoría de ellos hicieron blanco en el vientre de la bestia, que comenzó a debilitarse de forma paulatina. Envalentonados, los cazadores avanzaron hasta situarse a escasos metros del gigante. Y, por último, Sialuk le traspasó la garganta con su arpón y entre todos lo acabaron derribando.

Mientras llevaban el oso a rastras tirando de las patas posteriores, los hombres reían y recordaban los momentos más emocionantes de su gesta. Para los inuit, la caza era la esencia misma de la vida, y nada había más excitante que la captura de una presa difícil, acto que acentuaba su coraje y hombría.

Con todo, el buen humor de Sialuk se desvaneció de un plumazo cuando Malik comenzó a despiezar el animal. Según la costumbre, la cabeza y la piel del oso le

correspondían a quien lo había visto primero (es decir, a él en este caso), mientras el resto se dividía en partes iguales. Sin embargo, Malik actuó como si desconociese la tradición y, ni corto ni perezoso, se quedó los trofeos para sí. Sialuk no protestó porque era un recién llegado, pero a partir de ese momento comenzó a dudar de que el líder del poblado fuese merecedor de tal condición.

Al cumplir los diez años, Anori debía aprender a cazar, para lo cual se unió a un grupo de muchachos que se hallaban en su misma situación. A decir verdad, y en contra de lo que era habitual, el hijo de Sialuk no parecía excesivamente entusiasmado ante dicha perspectiva. No obstante, tampoco le quedaba otra opción.

Malik, que hacía las veces de instructor, les condujo hasta una banquisa de escaso espesor y les encargó localizar una serie de orificios disimulados en la nieve.

—En invierno, cuando el mar se encuentra cubierto por un manto de hielo —explicó—, las focas abren estos agujeros para salir a respirar.

Aquel método de caza requería de una enorme paciencia, pues el cazador se situaba junto a uno de dichos respiraderos, arpon en mano, a la espera de que una foca asomase la cabeza.

Cuando localizaron varios de aquellos orificios, Malik dispuso a un niño en cada uno de ellos y les armó con un palo. Solo dejaron libre un agujero, que se reservaba para el único que empuñaba un arpón. El sistema consistía en que los muchachos con el palo tenían que golpear a las focas para que no utilizasen su respiradero, y obligarlas así a salir por el que se encontraba vigilado por el verdadero cazador.

Mientras que a Anori le tocó al principio hacer el papel de centinela, otro niño tuvo el honor de cazar la primera foca tras una larga espera, después de lo cual lanzó un aullido triunfal. Malik le felicitó y posteriormente les enseñó a todos como honrar el alma de la criatura. Los esquimales creían que los objetos, animales y fenómenos naturales tenían un espíritu al que llamaban *inua*, al cual debían evitar ofender mediante la escrupulosa observancia de prescripciones y tabúes. En particular, a los animales había que ofrecerles un trato respetuoso para no enfadarles y ganarse su favor.

Malik vertió un poco de agua dulce en la boca del cadáver de la foca, y luego dijo:

—De esta manera su espíritu le dirá al de sus compañeras que vengan donde

nos encontramos, pues sabrán que aquí las trataremos bien.

A continuación, a Anori le tocó esgrimir el arpón para matar a su primera presa. El hijo de Sialuk adoptó la posición de rigor y se preparó para actuar tan pronto como se le presentase la ocasión. Sorprendentemente, apenas tuvo que esperar. Una cabeza surgió de la abertura salpicando agua a su alrededor.

—¡Ahora! —gritó Malik.

Anori, sin embargo, no hizo absolutamente nada tras vislumbrar en la mirada de la foca una mezcla de inocencia y estupefacción. El animal se hundió en el agua y desapareció bajo el hielo.

—¡¿Pero qué has hecho?! —bramó Malik—. ¡La has dejado escapar!

Por alguna extraña razón, la foca volvió a aflorar por el mismo agujero escasos segundos después, como si quisiese cerciorarse de lo que había visto. Aquella constituía una segunda oportunidad que Anori no podía desaprovechar. Y, pese a todo, lo hizo. Ante la atónita mirada de Malik, el chico arrojó el arpón al suelo y se marchó en silencio de allí sin volver la vista atrás.

Más tarde, los jóvenes aprendices regresaron al poblado mostrando con orgullo sus primeras capturas. Sus rostros denotaban alegría y una indescriptible satisfacción. Sialuk, sin ocultar su enorme preocupación, acudió de inmediato al encuentro de Malik. Su hijo no había vuelto con el grupo y se negaba a hablar de lo sucedido durante el adiestramiento en la banquisa de hielo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió.

—Lo siento, pero me temo que Anori carece del instinto natural que todo hombre posee para la caza.

—Eso es imposible —rebatía Sialuk herido en su orgullo.

—Si no me crees, que te lo diga él mismo —replicó Malik—. Jamás había presenciado antes un comportamiento tan poco viril. ¿Estás seguro de que Anori cumplió con todas las prescripciones durante sus primeros años de vida?

—¡Desde luego! —bramó—. Alrededor de la muñeca llevó sujeto un pene de foca y cosido a las mangas un retazo de piel de oso. Y, por descontado, antes de cumplir un año le hice comerse una cabeza de perro para que adquiriese su valor.

Malik se encogió de hombros.

—Pues entonces no sé lo que ha pasado, pero en todo caso yo no le auguro un gran futuro como cazador.

Transcurrieron varias semanas, durante las cuales Sialuk se integró por completo en la vida del nuevo asentamiento, en el que hasta hacía bien poco no había sido más que un recién llegado. Cuando era necesario salía con otros hombres en busca de sustento, y muy pronto quedó demostrada su valía y utilidad como cazador.

Un día, Sialuk y Meriwa acudieron a la casa del jefe del poblado, pues este les había cursado una invitación formal. Una burbuja de luz ambarina proyectada por la lámpara de esteatita iluminaba el refugio, atufado por los efluvios de la grasa de foca ardiente. Varias prendas de ropa se estaban secando, colgadas de un arpón clavado en la pared. Nuvua les recibió con un té de hojas y les ofreció una autentica exquisitez consistente en ojos de caribú masticados, que tenían sin duda un aspecto tentador. Malik, mientras tanto, inició una conversación intrascendente que se prolongó durante un rato, hasta que por fin desveló el verdadero motivo del encuentro organizado por él.

—Será un placer brindarte a mi mujer, del mismo modo que yo me sentiré honrado de yacer con la tuya —dijo con una amplia sonrisa.

Entre los esquimales, la sexualidad se entendía de manera muy distinta a la visión que de la misma se tenía en el mundo occidental. Por ello, el intercambio de esposas constituía una práctica habitual como muestra de aprecio y amistad, siempre que los hombres se pusiesen de acuerdo.

Aunque Sialuk tendría que haberse sentido halagado, no fue eso lo que sucedió. Desde el episodio del oso polar y lo injusto que Malik había sido en su reparto, Sialuk había continuado observando el comportamiento del jefe del poblado, hacia el que había perdido cualquier atisbo de respeto. Lejos de ser un líder modesto, Malik se jactaba constantemente de su habilidad para la caza, habiendo ridiculizado incluso a los peor dotados para dicha actividad. Además, lejos de mostrarse generoso como cabría esperar de su privilegiado estatus, Malik se quedaba siempre con las partes más codiciadas de las piezas de caza, ignorando las viejas costumbres que propugnaban lo contrario. A lo largo de su vida, Sialuk había tenido el privilegio de conocer a otros líderes que repartían buena parte de lo que habían obtenido entre los más desfavorecidos de la comunidad, a costa de ellos mismos y sus familias si era necesario.

Sialuk no decía nada y Malik comenzó a impacientarse. Las dos mujeres cruzaron sus miradas. Nuvua pareció ruborizarse y agachó la mirada, mientras Meriwa adoptaba una actitud más neutral.

—Meriwa no se encuentra bien últimamente —dijo al fin. Sialuk prefirió argüir una excusa, antes que sincerarse y provocar así una confrontación directa.

—¿Y qué le ocurre? —preguntó Malik sin ocultar su escepticismo—. Yo la veo muy bien.

—Cosas de mujeres —se limitó a contestar.

Aquella vaga respuesta provocó la furia de Malik, que paradójicamente tenía derecho a sentirse insultado, pues aquel que se negaba a prestar a su mujer solía ser tachado de avaro y mezquino.

—O más bien cosa tuya, que eres mucho más egoísta de lo que me había imaginado.

Sialuk estuvo a punto de decirle lo que realmente pensaba. Sin embargo, se mordió la lengua en el último momento.

—No pienso quedarme aquí viendo cómo me insultas —espetó. Y, dicho esto, tomó a Meriwa de la mano y se fue a toda prisa de allí.

A raíz de aquel incidente, la relación entre Sialuk y Malik se deterioró notablemente, hasta desembocar en una manifiesta animosidad. Ambos hombres procuraban evitarse y solo se dirigían la palabra cuando era estrictamente necesario.

Sus mujeres, por el contrario, no se dejaron arrastrar por el clima de hostilidad que flotaba en el ambiente. Meriwa y Nuvua se dispensaban un trato cordial y adoptaban siempre una actitud conciliadora que sirviese de ejemplo para sus maridos. Pese a todo, el antagonismo entre uno y otro se fue haciendo cada vez más fuerte, especialmente después de que Sialuk hubiese sorprendido a Malik mirando de forma lasciva a su esposa en más de una ocasión.

Por otra parte, entre Ituko y Kireama fluía una corriente invisible que por el momento tan solo se traducía en gestos y miradas, pues ninguno de los dos había dado el paso de iniciar una conversación.

Por último, Anori se había encerrado en sí mismo, debido a que los demás niños no paraban de burlarse de él. Le decían que era tan cobarde que hasta las focas le daban miedo, y luego se reían hasta que se les saltaban las lágrimas. Anori no entendía por qué no podía ser como el resto, y se sentía tan desconcertado que tenía sueños extraños que apenas le dejaban dormir.

El invierno era el periodo más proclive para las grandes reuniones en el *kashim*, debido a la escasa luz solar y a la dificultad para la caza. Los integrantes del poblado

se congregaban en la casa comunal para contar historias y rememorar las hazañas más destacadas acontecidas durante el año. Y, dados los recientes acontecimientos, el tema que mayor atención acaparó fue el de los *qallunaat* y los graves problemas que les estaban causando.

También tenían lugar numerosas ceremonias protagonizadas por el chamán, que recibía el nombre de *angakkoq*. En el sistema de creencias inuit, sus principales funciones eran curar, adivinar el futuro, y fundamentalmente intermediar entre el plano de lo físico y lo espiritual, para alcanzar así el equilibrio y propiciar el éxito en la caza. En los ritos, el *angakkoq* cantaba, bailaba y entraba en largos trances durante los cuales su alma viajaba al mundo de los espíritus, donde era capaz de comunicarse con los *inua* y con las divinidades esquimales hablando su lengua especial. Otras veces el chamán era poseído por un poderoso espíritu que le transmitía nuevos tabúes o canciones mágicas, cuyo uso era inmediatamente adoptado por la tribu.

Normalmente, la figura del chamán era bastante temida, por lo que solía residir en una casa algo más alejada del resto. El *angakkoq* de aquella aldea también provocaba un cierto desasosiego, más aún como consecuencia de una oscura mancha de nacimiento que le partía de la sien y se le extendía por toda la mejilla derecha, lo cual le confería un inquietante aspecto. Se llamaba Alornerk y gozaba de una alta consideración entre los habitantes de la comunidad, los cuales se encargaban de su manutención, aunque debido a su extrema austeridad no era mucho lo que requería para subsistir.

Al finalizar el invierno, el mejor perro de Sialuk, una hembra que había hecho el durísimo trayecto en trineo hasta el nuevo asentamiento, tuvo una camada de crías que hizo las delicias de toda la familia. Sialuk seleccionó al cachorro más sano de todos ellos y le dio el nombre de su madre, que de ese modo encontró un nuevo cuerpo en el que albergarse, pudiendo así dejar de vagar por las frías y solitarias noches árticas, tras haberse abandonado a los hielos para que el resto de la familia pudiese sobrevivir.

CAPÍTULO TERCERO

La llegada de la primavera coincidió con un suceso que conmocionó a la totalidad de la aldea.

Un día como otro cualquiera, cuando ya había anochecido, Meriwa salió de su casa para pedirles a sus vecinos más cercanos un poco de grasa de foca para su lámpara, debido a que ella se había quedado sin reservas. Sialuk se dio cuenta enseguida de que su mujer tardaba demasiado en volver, pero no le dio importancia porque pensó que se había entretenido como solía ser habitual en ella. Sin embargo, después de haber pasado un tiempo más que considerable, no pudo evitar preocuparse y envió a Kireama a buscar a su madre para asegurarse de que todo estaba bien. Lejos de tranquilizarlo, su hija le trajo noticias tan inesperadas como alarmantes. Meriwa, en efecto, había estado en la casa de sus vecinos colindantes, pero de eso había pasado ya un buen rato y nada más se había vuelto a saber.

Sialuk reaccionó de inmediato y comenzó a recorrer casa por casa preguntando por su esposa. Nadie sabía nada, de modo que el poblado se movilizó a toda prisa para buscarla en las inmediaciones.

La encontraron a escasa distancia de allí, detrás de un montículo de hielo, inconsciente y con evidentes signos de hipotermia. Si hubiesen llegado un poco más tarde habría muerto congelada. Además, parecía claro que había sido víctima de una violación.

Cuando Meriwa volvió en sí, todo lo que recordaba era haber sido abordada por la espalda y recibir un fuerte golpe. Por desgracia, solo había podido entrever una silueta, aunque no sabría decir de quién.

Sialuk, sin embargo, no albergaba dudas acerca de la identidad del agresor. Desde que le negase el permiso para yacer con su esposa, el dichoso Malik se la tenía jurada y finalmente había decidido satisfacerse a su manera. Tampoco se le ocurría ningún otro sospechoso, y la posibilidad de que el asaltante hubiese sido alguien ajeno al poblado resultaba más que remota.

Por descontado, cuando Sialuk le señaló con el dedo, el jefe del poblado se indignó y negó rotundamente las acusaciones. Con todo, la coartada que esgrimió Malik tampoco le excluía de toda sospecha. Aquella noche había salido de su casa para alimentar a su tiro de trineos, demorándose en exceso porque según explicó tuvo que disciplinar a sus perros, que habían estado peleándose encarnizadamente entre sí.

Pese a todo, Sialuk no podía demostrar la culpabilidad de Malik, porque nadie había sido testigo del suceso. Y, sin pruebas, no podía cobrarse la venganza que por derecho le correspondía.

En la sociedad esquimal no existían leyes como tales, sino una serie de costumbres no escritas orientadas a asegurar la armonía y evitar los conflictos. A pesar de todo, siempre se cometían crímenes o surgían disputas que precisaban de la unidad del grupo para ofrecer una solución. Normalmente, al culpable de un delito menor, como por ejemplo el responsable de un hurto, se le ridiculizaba hasta que, agobiado por los comentarios, decidía devolver lo robado. Dentro de comunidades tan pequeñas donde todos se conocían, no hacía falta recurrir a medidas excesivamente severas. Además, si la persona se arrepentía y retornaba a la senda correcta, todos se olvidaban rápidamente de lo sucedido y no se producía ningún tipo de estigmatización.

Cosa distinta sucedía con los crímenes más graves, en los que imperaba la ley del talión. El asesinato era vengado por la familia de la víctima con la muerte del homicida. Y, en el caso que concernía a Sialuk, el sistema le permitía violar a la mujer del agresor, o directamente acabar con su vida.

La ausencia total de testigos resultaba bastante extraña. No obstante, Sialuk esperaba que más adelante alguien se atreviese a dar la cara. El temor que pudiese infundir el jefe del poblado no podía durar eternamente.

—Esto no va a quedar así —espetó Sialuk tras situarse a un palmo de su enemigo.

—No pierdas el tiempo conmigo, idiota —replicó Malik—. Mientras tanto, el verdadero culpable anda suelto.

Por fortuna, Meriwa era una mujer fuerte y se recuperó de la agresión sin sufrir secuelas de ningún tipo. Si bien, el clima de confianza que hasta entonces se había respirado en el poblado, sufrió a partir de ese día un importante deterioro.

Tras haber dejado atrás el crudo invierno, a Anori le había llegado el tan temido momento de retomar su aprendizaje como cazador. Para animarse, pensó que después de su desastroso inicio ya no lo podría hacer peor, así que se armó de valor y se convenció a sí mismo de que en esta ocasión sería diferente.

Malik reunió a los niños para instruirles en la caza de focas. Sin embargo, esta vez emplearían una técnica diferente, pues durante la primavera estas acostumbraban

a salir del agua para tomar el sol sobre la banquisa de hielo.

—Las focas siempre están alerta, mirando a un lado y a otro, pendientes de que no aparezca su más fiero enemigo: el oso. —Situados a una prudente distancia, Malik les explicaba en voz baja el modo de proceder—. Podríamos acercarnos a ellas de varias maneras, pero el método más eficaz es mediante el engaño.

Los muchachos observaron entonces al líder del poblado envolverse en pieles de foca, que utilizaría a modo de disfraz.

—Os haré una demostración —dijo.

Malik comenzó a arrastrarse por el suelo, imitando el movimiento de las focas y también sus sonidos. Y, cuando por fin estuvo lo bastante cerca, sacó el arpón que mantenía oculto y se lo arrojó al objetivo que previamente había seleccionado. Acertó de pleno, cobrándose así su primera pieza.

—Es importante que la matéis al primer intento —explicó a su regreso—. Si erráis el lanzamiento o solo la herís, se sumergirá en el agua y la habréis perdido para siempre. —Los niños asentían al tiempo que absorbían toda la información—. Además, para que no os descubran antes de tiempo, es importante que imitéis bien su lenguaje. Hacedme una demostración.

Cada uno de ellos reprodujo lo mejor que pudo los habituales gruñidos y gemidos de la foca. Y, aunque en general no lo hicieron del todo mal, tendrían que seguir practicando. Todos menos Anori, cuya imitación resultó francamente buena.

—Tú serás el primero en intentarlo —dictaminó Malik—. Ya has visto cómo se hace. Y esta vez no se te ocurra repetir lo de la vez anterior. No pienses, solo actúa. ¿Entendido?

Anori sintió un nudo en el estómago. Dados sus antecedentes, hubiese preferido no ser el primero.

A continuación se embutió en las pieles y se dirigió hacia una placa de hielo donde reposaban varias focas, mientras se hacía pasar por una de ellas del mismo modo que había hecho Malik. Al principio se desplazaba con cautela, pero enseguida se dio cuenta de que podía acercarse tanto como quisiera, pues el engaño resultaba extraordinariamente efectivo. Anori apretó el arpón con todas sus fuerzas mientras elegía un objetivo, y se mentalizó para no volver a fracasar. Tenía que cazar porque eso era lo que hacían los inuit para sobrevivir en las inhóspitas regiones polares. Aquel era su destino, como también lo había sido el de su padre y el de tantos y tantos hombres antes que él.

Se alzó y esgrimió el arpón apuntando a una foca de escaso tamaño que parecía ser un blanco fácil. Con todo, cuando el animal le devolvió la mirada y vio el terror reflejado en sus ojos, se quedó petrificado sin poder evitarlo. Finalmente, las focas reaccionaron y huyeron en cuanto se dieron cuenta del peligro que las acechaba.

Cuando volvió junto al resto del grupo, Malik le lanzó una mirada fulminante, pero ni tan siquiera se molestó en reprenderle porque sabía que de nada habría servido.

—Tu hijo es un caso perdido —le comunicó después a Sialuk—. Si se dedicase a la caza no solo regresaría siempre con las manos vacías, sino que además perjudicaría al resto del grupo, pues de ninguna manera podrían contar con él.

Pese a las evidencias, Sialuk no quiso aceptar los hechos y decidió darle otra oportunidad a Anori bajo su estricta supervisión. Al día siguiente salieron de nuevo, acompañados por los perros, en busca de una placa de hielo en la que hubiese los característicos agujeros que las focas utilizaban para respirar. Aquel sistema, aunque requería de una mayor paciencia, era el más sencillo de todos para aprender a cazar.

Como solamente estaban ellos dos, Sialuk empleó un método distinto al habitual, consistente en hacer orinar a los perros en todos los respiraderos menos uno, de manera que cuando las focas salían y olfateaban el peligro, al final utilizaban el único que estaba limpio, donde el cazador las esperaba con su arpón.

—Aguardaremos el tiempo que haga falta —señaló—. Pero cuando aparezca una foca no puedes dudar. Vamos a demostrarle al necio de Malik que se equivoca contigo.

Anori se preparó una vez más, presionado además por la necesidad de no defraudar a su padre. En contra de lo usual, apenas tuvieron que esperar, pues enseguida emergió una foca por el agujero en el que se hallaba el muchacho. Sin embargo, la historia volvió a repetirse con idéntico resultado: a la hora de la verdad, Anori se sintió incapaz de herir al animal.

Sialuk fue entonces plenamente consciente del conflicto interno que torturaba a su hijo. Y, dadas las circunstancias, se dio cuenta de que ir contra su naturaleza no tenía sentido, por lo que de momento prefirió dejarlo estar.

Descartado para la caza mayor, al menos Anori sí que participaba en la captura de aves y en la pesca de peces. Los esquimales atrapaban ánades, garzas y otras especies situando grandes redes fabricadas con barbas de ballena en lo alto de los montículos, aprovechando que los pájaros pasaban volando a baja altura. La pesca era

más habitual en los ríos, para lo cual colocaban piedras en un determinado punto del recorrido que, si bien permitían el paso del agua, no lo hacía de los peces que remontaban el río para desovar.

Con todo, aquello no bastaría para hacer de Anori un miembro productivo de la comunidad. Si no se convertía en un bravo cazador capaz de obtener alimento en abundancia, ninguna mujer querría ser su esposa porque no podría sostenerla a ella ni tampoco a sus hijos. El resto de hombres lo ridiculizarían, le aislarían y durante los inviernos pasaría tanto hambre como frío.

No obstante, todavía podía haber una salida. Aquellos hombres que por extrañas razones demostraban no ser aptos para la caza, podían en cambio poseer una gran destreza con las manos y dedicarse a la fabricación de utensilios, trineos y embarcaciones. De esa manera contribuían al bienestar de la pequeña sociedad a la que pertenecían, y el líder del poblado adquiría la responsabilidad de procurarles el sustento necesario para vivir.

Sialuk, aun decepcionado, al menos confiaba en que Anori se convirtiese en un gran experto en su nueva ocupación.

Una noche, Ituko comenzó a sentir un fuerte dolor de estómago que se prolongó hasta la mañana siguiente. El joven muchacho no salió del refugio en todo el día, bajo la atenta vigilancia de Nuvua, que le proporcionó los mejores cuidados que una madre le podía ofrecer. Con todo, las molestias no cesaron, y al tercer día Malik decidió recurrir al chamán, cuyos valiosos servicios eran precisamente requeridos para casos como aquel.

Alornerk se presentó en el hogar del líder del poblado haciendo gala del porte solemne que siempre le acompañaba. No traía nada consigo, pues los chamanes inuit carecían de plantas curativas o medicación de cualquier tipo. Tampoco usaban drogas ni estimulantes. Al margen de los tratamientos de signo mágico o de naturaleza puramente espiritual, los métodos de curación que llevaban a cabo eran muy básicos: las heridas las limpiaban con orina, para las quemaduras empleaban grasa, y las fracturas óseas se encajaban y entablillaban.

Ituko yacía con el torso desnudo para que el *angakkoq* le pudiese examinar. La lámpara de esteatita mantenía una temperatura agradable en el interior del refugio. Alornerk se inclinó sobre el muchacho y le palpó el vientre con ambas manos.

—Mi hijo casi nunca había enfermado —apuntó Nuvua.

—Silencio —solicitó el chamán, que a continuación le hizo a Ituko una pregunta directa—: Necesito que seas sincero. ¿Has roto recientemente algún tabú?

—Desde luego que no —terció Malik—. Mi hijo cumple a rajatabla con todas las prescripciones. Yo mismo me ocupo de que así sea.

Alornerk le fulminó con la mirada.

—Ituko debe contestar por sí mismo.

La enfermedad podía tener su origen en la trasgresión de un tabú. Por tanto, un requisito para su curación consistía en que el enfermo confesase su pecado.

El joven negó con la cabeza y el *angakkoq* leyó en sus ojos que había sido sincero.

—¿Y has tenido alguna pesadilla capaz de interrumpir tu descanso nocturno?

Descartada la infracción de un tabú, el mal podía tener su raíz en dos causas distintas. La primera de ellas era la pérdida del alma, que podía tener lugar cuando el individuo soñaba y después no encontraba el camino de vuelta, o bien cuando esta le era robada por un espíritu maléfico, o incluso un animal —particularmente el oso—, al que no le hubiese mostrado la gratitud debida tras haberle dado muerte.

Alornerk, sin embargo, percibió que el alma de Ituko no había salido de su cuerpo. Tras dicha constatación, la enfermedad solo podía deberse al segundo motivo: la intrusión de un espíritu maligno en su interior.

Hecho el diagnóstico del paciente, el chamán le pidió que se diese la vuelta. Malik y Nuvua observaban la escena con cierta angustia. Alornerk comenzó a murmurar una canción ritual, al tiempo que realizaba un corte con un punzón de sílice en la espalda de Ituko. La creencia consistía en que junto con la sangre que vertiera, saldría también el malévolos espíritu que atormentaba al enfermo.

—Mantén la mente en blanco —le pidió al muchacho, que no se había quejado lo más mínimo durante el proceso.

Alornerk concluyó el cántico y, por último, cogió una mecha incandescente de la lámpara y la aplicó sobre la herida.

—Su alma está limpia de nuevo —dictaminó—. En dos días volverá a sentirse bien.

Cuando se marchaba, Malik le entregó varias tajadas de carne de foca helada en recompensa por sus servicios.

Al día siguiente, Ituko comenzó a sentirse mejor tal y como el chamán había predicho.

—Antes de lo que piensas te habrás recuperado del todo —le aseguró Malik, que partió esa jornada de caza sintiendo un gran alivio por el modo en que se había resuelto la situación.

Nuvua, mientras tanto, continuó prestando los debidos cuidados a su hijo, al tiempo que aprovechaba para curtir una piel por el procedimiento de masticarla con los dientes.

A media mañana, Kireama se presentó en la casa para pedirle a Nuvua una aguja de hueso, porque según decía la suya se le había partido. La veterana mujer esgrimió una sonrisa, pues no se le escapaba que la petición de la muchacha no era más que un pretexto para ver cómo se encontraba Ituko tras la visita del *angakkoq*. A Nuvua no le habían pasado desapercibidos los sutiles intercambios de miradas entre su hijo y Kireama, cada vez que se cruzaban en el exterior. Con todo, ninguno de los dos se animaba a ir un paso más allá. Además, el hecho de que los padres de uno y otro estuviesen enfrentados tampoco ayudaba.

Nuvua fingió buscar una aguja, hasta que recordó que la suya se la había prestado a otra mujer llamada Panninguaq. Era mentira. En realidad, Nuvua quería dejarlos solos para darles la oportunidad de intimar que ambos buscaban. Ella estaba convencida de que formaban una gran pareja.

—Vuelvo enseguida —dijo saliendo del refugio.

Los primeros instantes fueron de incomodidad. Tumbado en el lecho, Ituko evitaba mirar a Kireama porque se sentía vulnerable en su actual estado de convalecencia.

—¿Cómo estás? —preguntó al fin la muchacha.

—No ha sido para tanto —repuso él sin poder reprimir su orgullo—. Mis padres se preocupan en exceso.

—Y hacen bien. Nadie está libre del todo de la acción de los espíritus maléficos.

—En eso tienes razón —admitió Ituko.

Acto seguido se produjo un nuevo silencio, aunque mucho menos embarazoso que el anterior.

—Tengo sed —dijo Ituko.

Kireama tomó un puñado de nieve y lo puso sobre la lámpara para que se derritiera. Después vertió el agua en una escudilla hecha con un cráneo de morsa y se la tendió al muchacho, que bebió con avidez.

—Alornerk da un poco de miedo —señaló Kireama—. ¿No te parece?

—Causa un gran respeto, de eso no hay duda. Pero los mayores dicen que es el chamán más poderoso que ha habido en muchas generaciones. Y yo creo que están en lo cierto.

—Nuestro chamán, en cambio, era una mujer —explicó—. Una anciana dulce y compasiva que poseía un don extraordinario para comunicarse con los espíritus. La echo de menos, igual que a todos los que formaban parte de nuestro modesto asentamiento.

—Tarde o temprano se lo haremos pagar a los *qallunaat*.

Ituko advirtió que Kireama se había conmovido recordando el pasado que había dejado atrás, y posó su mano sobre la de ella para ofrecerle así su consuelo. Aquel breve contacto físico bastó para sellar entre los dos el comienzo de un amor incondicional.

Conforme pasaba la estación, la animadversión entre Sialuk y Malik se fue enconando cada vez más, hasta que el asunto acabó por afectar a toda la aldea.

Sialuk quizás no fuese un cazador tan notable como su rival, pero desde luego sí que practicaba los valores morales que se le presuponían a los líderes naturales de las comunidades inuit. Para empezar, a la hora del despiece, Sialuk repartía las mejores partes de la captura entre sus compañeros de batida, a los que constantemente dedicaba palabras de admiración y reconocimiento. Además, su generosidad se extendía a los miembros más débiles del poblado —viudas o niños huérfanos—, a los que reservaba parte del producto de la caza para que no pasaran hambre.

Dicha actitud le llevó a ganarse el respeto de parte de la comunidad, en detrimento de Malik que poco a poco comenzó a perder adeptos. Pronto hubo dos liderazgos, así como dos grupos de caza que a diario competían entre sí por demostrar cuál era el mejor. Aquello, por supuesto, no beneficiaba en nada a un tipo de sociedad que, por pura necesidad, había antepuesto siempre la cooperación a la competencia. A medio plazo, la existencia de dos voces autorizadas podía suponer un grave problema, tan pronto como la aldea se enfrentase a un dilema al que tuviese que dar respuesta de forma conjunta.

Por otra parte, y pese al tiempo transcurrido, seguía sin haber nadie que admitiese haber visto nada la noche de la violación. La ausencia de testigos

continuaba extrañando a Sialuk, aunque también cabía la posibilidad de que realmente no los hubiese habido. En tal caso, jamás podría demostrar la culpabilidad de Malik, de la que estaba absolutamente convencido.

A Sialuk también le preocupaba el futuro de su hijo Anori que, descartado para la caza, se había centrado en el oficio de artesano, aunque por el momento tampoco parecía estar especialmente dotado para aquella labor. En cualquier caso, todavía era demasiado pronto para juzgar.

El final de la primavera trajo una noticia que Meriwa comunicó a su familia con gran emoción: estaba embarazada. Sialuk también lo celebró. Siempre que la caza no faltase, podía permitirse el lujo de alimentar una boca más. Además, el nuevo miembro de la familia paliaría en cierta medida la pérdida del pequeño Nukappi, cuyo recuerdo aún les provocaba un gran dolor.

CAPÍTULO CUARTO

Con la llegada del verano, tras el deshielo, el poblado se trasladó de la costa al interior, donde levantaron un asentamiento formado por tiendas de pieles.

Durante esta época prevalecía la caza de los animales terrestres sobre los marinos. En concreto, cobraba especial importancia la caza del caribú, una especie de reno salvaje que durante sus migraciones se desplaza en grandes manadas que pueden llegar a alcanzar hasta miles de ejemplares. Además de por su carne, que se convertía en su sustento principal, el caribú era también muy apreciado por sus pieles, cálidas pero ligeras, así como por sus cuernos, que servían de materia prima para la fabricación de los utensilios. Asimismo, aquel periodo resultaba particularmente óptimo para su captura, debido a que tenían bastante grasa acumulada porque estaban preparando su pelaje para el invierno.

Una vez que localizaban una manada, contaban con diversos sistemas de caza en función de las circunstancias. Normalmente colocaban alineamientos de rocas que adoptaban figuras humanas, y después asustaban a los caribúes para que tomaran dichos caminos con el fin de conducirlos a un enorme corral de piedra, donde los cazadores aparecían por sorpresa y les daban muerte mediante el arco y la flecha. Otras veces les dirigían a un lago, instante en que los hombres embarcaban en sus kayaks y les clavaban sus lanzas con relativa facilidad.

Sin embargo, tras varias semanas de búsqueda, todavía no habían localizado ni una sola manada de dicho animal.

Aquello no era del todo extraño, pues para asentamientos tan pequeños resultaba casi imposible poder controlar superficies tan extensas. El conocimiento de sus itinerarios habituales ayudaba a delimitar los espacios de exploración. No obstante, las fluctuaciones climáticas en el Ártico provocaban que el número de animales sufriese notables oscilaciones de un año a otro, llegando incluso a abandonar por temporadas territorios enteros. De cualquier manera, con independencia del motivo por el cual no los encontraban, las consecuencias para el poblado se adivinaban fatales si finalmente se desencadenaba una hambruna.

Para colmo de males, los dos grupos que se habían formado en el poblado en torno a cada uno de sus líderes —Malik y Sialuk—, no hacían otra cosa que reprocharse su incapacidad mutua para hallar el rastro del ansiado caribú. Dadas las circunstancias y el tiempo transcurrido sin haber obtenido el menor resultado, le llegó

al *angakkoq* su hora de intervenir.

Todos los habitantes del poblado se habían congregado en el exterior de sus casas, a la espera de que el chamán hiciese su acto de aparición. Alornerk se demoró más de lo previsto, aumentando aún más el grado de nerviosismo que ya se respiraba desde primera hora de la mañana. Caminaba con paso firme, entonando una canción mágica en voz baja. La expresión de su rostro, marcado por la mancha en la mejilla que tanto le caracterizaba, reflejaba un profundo sentimiento de disgusto e indignación.

La ausencia de caza indicaba que ciertos tabúes habían sido vulnerados, encolerizando el espíritu del animal afectado, que como respuesta a dicha ofensa había decidido desaparecer. Bastaba que una sola persona transgrediese las prescripciones, para que padeciese las consecuencias toda la comunidad. Y correspondía al chamán descubrir al responsable de la falta, para llevar a cabo el correspondiente rito de expiación.

—¿Quién ha sido?! —exclamó Alornerk alzando los brazos al cielo—. ¿Quién ha osado deshonrar el *inua* del caribú, a sabiendas de que su negligencia podría conducirnos a todos al desastre? —El *angakkoq* se paseaba entre los presentes con extrema lentitud, clavándoles la mirada como si fuese una lanza, con el fin de adentrarse en su alma y averiguar así lo que necesitaba saber—. Si confiesa su falta voluntariamente, será mucho mejor.

Los tabúes eran muy numerosos, algunos eran de creación reciente, mientras que otros iban con el tiempo cayendo en desuso. Algunos encontraban su origen en una explicación razonable, mientras que otros carecían de cualquier lógica o sentido. Poco importaba, los tabúes estaban hechos para cumplirse y no para ser comprendidos.

Uno de los más importantes prohibía mezclar en la comida los animales de tierra con los marinos. Las mujeres no podían cazar focas ni tampoco coser fuera de estación. Para ciertas actividades relacionadas con la caza había que seguir todo un ritual al pie de la letra. Por ejemplo, antes de llevar a cabo una expedición ballenera, había que asegurarse de que se cumplían toda una serie de requisitos: las armas tenían que estar limpias, las ropas sin estrenar, el *umiak* debía estar revestido con una cubierta nueva y solo podía ser transportado por hombres, y no por perros. Y había muchos más.

Alornerk detuvo su avance cuando llegó a la altura de la familia de Sialuk. Su

mirada basculó del padre a la madre, y después la posó en sus dos hijos. Kireama superó su examen, pero no así Anori, cuyo espíritu captó inmediatamente su interés.

—Tú... —murmuró el chamán.

—Mi hijo es inocente —intervino rápidamente Sialuk—. Es cierto que a veces los niños se saltan las prescripciones durante su proceso de aprendizaje. Anori, sin embargo, ha renunciado a la caza y difícilmente podría haber roto un tabú.

Aunque el crío había llamado de algún modo su atención, tampoco sabría decir muy bien por qué. En todo caso, su padre estaba en lo cierto, no era la persona que andaba buscando.

—Se ha rendido demasiado pronto —apuntó—. Quizás debería volverlo a intentar.

Alornerk reanudó el paso, decidido a descubrir al culpable o culpables y averiguar las prescripciones que habían incumplido. Cuando lo hiciese, podría llevar a cabo los actos encaminados a expresar la contrición por lo ocurrido. Como chamán, Alornerk poseía el don de restablecer la armonía entre los hombres y los animales, a través de un complejo ritual mediante el cual volaba al mundo de los espíritus para actuar como mediador. A veces, incluso, se comunicaba directamente con las divinidades esquimales más poderosas, como por ejemplo Sedna, que era la diosa que controlaba los mamíferos marinos.

A continuación se cruzó con Malik, al que se quedó mirando fijamente. El líder oficioso del poblado le sostuvo la mirada sin mostrar temor alguno. Debido a su estatus, era uno de los pocos habitantes que podía permitirse semejante lujo. El *angakkoq* no dijo nada y acto seguido se centró en el joven Ituko. Pese a la presión, el muchacho no alteró un ápice su semblante, sabedor de que siempre actuaba con la más absoluta rectitud.

Tras finalizar su recorrido, Alornerk sintió una enorme frustración. Aunque albergaba dudas acerca de algunas personas cuyas almas arrojaban ciertas sombras, tampoco podía afirmar que entre ellos se encontrase el infractor. De hecho, probablemente hubiese varios responsables y los tabúes afectados también fuesen distintos.

—¿Cómo esperáis que viaje al mundo de los espíritus, si no hay nada que les pueda decir? —bramó a la multitud—. ¡Así hay muy poco o nada que esté en mi mano hacer! ¡Vosotros mismos os estáis condenando al hambre y la enfermedad! —Y, dicho esto, se giró y emprendió el camino de regreso a su refugio, que se hallaba

apartado del resto.

Aunque la comunidad le temía, al mismo tiempo tenía depositadas todas sus esperanzas en él. Por ello, cuando le escucharon pronunciar aquellas palabras, la perplejidad inicial se transformó en auténtico pavor. ¿Qué sería de ellos si ni siquiera su ilustre chamán parecía estar capacitado para revertir la cada vez más alarmante situación?

Después de su primer contacto más cercano, Ituko y Kireama comenzaron a protagonizar furtivos encuentros en el poblado, seguidos de otros más prolongados a escondidas de todo el mundo.

En realidad, el único motivo por el que actuaban de aquella manera tan poco usual, era debido a la notoria enemistad que existía entre sus padres que, lejos de remitir, se enconaba cada vez más con el paso del tiempo. A sus madres, en cambio, les habían hecho partícipes de la situación, y ambas apoyaban la relación sin fisuras de ningún tipo.

La pareja, sin embargo, pronto se cansó de ocultarse, y finalmente decidieron casarse para normalizar su situación.

Entre los inuit, el matrimonio tenía lugar a edades muy tempranas. Las mujeres se consideraban aptas a partir de los doce años, coincidiendo con su primera menstruación, y los hombres tras haber adquirido todas las habilidades necesarias para la caza, lo cual ocurría alrededor de los veinte. Su unión, además, era perfectamente válida, pues Kireama procedía de un poblado distinto, aspecto que resultaba clave para los esquimales, fundamentalmente exogámicos. Los casamientos entre primos no estaban bien vistos, y el incesto entre hermanos estaba prohibido por los tabúes. Algunos matrimonios eran pactados por los progenitores desde que sus hijos eran niños pequeños, pero también se llevaban a cabo bodas por amor. Por ello, Ituko y Kireama estaban dispuestos a seguir adelante, aunque no contasen con la aprobación de sus padres. El enlace no requería ninguna clase de rito, y se daba por consumado cuando ambos emprendían la vida juntos.

Aquella mañana el sol brillaba con ímpetu, arrojando una suave caricia sobre el territorio central de la inmensa isla, escarpado y cubierto de nieve, que se extendía a lo largo del horizonte.

La decisión estaba tomada y la pareja comenzó a levantar su propio refugio en un extremo del asentamiento, a la vista de todos. Sus madres, Meriwa y Nuvua,

también arrimaron el hombro transportando los materiales necesarios para la construcción. La noticia se difundió de boca en boca a gran velocidad, hasta llegar a oídos de Sialuk y Malik, los cuales se plantaron allí sin poder disimular su enorme desconcierto.

—Ituko, ¿se puede saber qué significa esto? —inquirió Malik de malos modos.

El muchacho dejó lo que estaba haciendo y, tras rodear de forma protectora a Kireama con el brazo, replicó:

—Lo que has oído es cierto. Estoy construyendo un hogar al que irme a vivir con ella.

Sialuk se dio cuenta en ese instante de lo que estaba pasando, y su rostro palideció.

—¡Pero, Kireama! —exclamó—. ¿Por qué has tenido que elegir como compañero precisamente a él?

—¿Y qué tiene de malo mi hijo si puede saberse?! —terció Malik.

—No estaba hablando contigo —espetó Sialuk.

Antes de que uno y otro se enzarzasen en una interminable trifulca, Meriwa decidió intervenir.

—En eso tiene razón. ¿Por qué Ituko no iba a ser un buen esposo para nuestra hija?

Sialuk la miró con incredulidad.

—¿Acaso has perdido la cabeza? ¿Cómo se te ocurre defender al hombre que te violó?

—¡¿Ya estás otra vez con lo mismo?! —objetó Malik—. ¡Cuántas veces tengo que repetirte que yo no fui!

Meriwa, en actitud conciliadora, agarró la cara de su marido entre las manos.

—Sialuk, por favor. Te ruego que no menciones ese tema. Ni siquiera podemos estar seguros de que realmente fuese él.

A continuación, fue Kireama la que terció en la discusión, pues era su propio futuro el que estaba en juego.

—Papá, es con Ituko con quien voy a casarme, no con su padre.

Aunque le fastidiase, Sialuk no podía negar que llevaba razón. Además, si analizaba la situación con objetividad, no cabía duda alguna de que Kireama había realizado la elección más adecuada. Ituko era un excelente cazador, que igualmente confeccionaba con gran destreza sus propios utensilios en piedra y marfil. Y, por si

aquello no fuese suficiente, el joven poseía un carácter sencillo y bondadoso, muy alejado de los valores tan poco edificantes de los que su padre solía hacer gala.

—Tu hija tiene mucha suerte de que Ituko la quiera como esposa —intervino Malik—. Lo que no entiendo es qué ha podido ver él en ella.

Aquel provocador comentario encendió de nuevo los ánimos de todos los presentes. Sin embargo, antes de que se originase otra disputa, fue la propia Nuvua la que se enfrentó a su marido para que no volviese a decir una tontería igual.

—Conozco a Kireama desde que llegó, y a sus trece años ya está más que preparada para convertirse en una provechosa compañera. Sabe desollar animales, curtir pieles, coser y confeccionar ropa, y también ocuparse del mantenimiento de la lámpara de esteatita. Además, en el trato personal es amable y cariñosa. ¿Qué más se podría pedir?

Malik hizo un aspaviento con los brazos como dando a entender que se desentendía de aquel asunto. Sialuk realizó un gesto parecido y, acto seguido, ambos se marcharon de allí refunfuñando, contrariados por aquel inesperado giro del destino en virtud del cual muy pronto serían familia el uno del otro.

La situación no había cambiado y los caribúes continuaban aquel verano sin dar señales de vida.

El grupo liderado por Malik había renunciado a seguir buscando, y había optado por desplazarse a la costa a diario para cazar focas y morsas que compensasen la ausencia de su acostumbrado sustento estival. Con todo, los viajes eran largos y las capturas insuficientes para calmar el hambre de toda la aldea. Sialuk, mientras tanto, todavía no se había dado por vencido y, junto a sus seguidores, continuaba organizando expediciones al interior de la isla en busca del caribú. Por lo menos nunca se volvían con las manos vacías, pues en el proceso solían cazar algunas liebres y zorros, y cuando había suerte algún que otro oso polar.

Después del episodio protagonizado por el chamán, Sialuk no había podido dejar de pensar en las palabras que este le había dedicado a su hijo tras haberle escrutado el alma. Pese a la incapacidad manifiesta que Anori había demostrado para cazar, Alornerk había insinuado que se había rendido con demasiada facilidad, y que debería volver a intentarlo. Por ello, aquella mañana Sialuk le pidió que fuese con él.

—Pero papá, yo no quiero ser cazador —protestó—. Sabes bien que no sirvo para eso.

—Es posible. Sin embargo, pienso insistir. A lo mejor no te hemos enseñado bien. Además, no veo que seas precisamente mañoso con las manos. —Era verdad. Por más que se esforzaba, el oficio de artesano tampoco parecía estar hecho para él—. Y algo tendrás que hacer para que en el futuro no te conviertas en el hazmerreír del poblado.

A sus diez años, al crío no le quedó más remedio que obedecer. La partida estaba formada, además de por padre e hijo, por un par de cazadores que todavía confiaban en localizar a los renos.

En verano, tras el derretimiento de la nieve, el habitual paisaje blanco de la tundra daba paso a una paleta de colores pálidos que encontraba su origen en un conglomerado de musgos y líquenes, que era lo único que podía arraigar en aquellas tierras. Algunas plantas y arbustos también lograban crecer en las depresiones de las rocas, resguardadas de los vientos y las bajas temperaturas.

Durante la marcha, Sialuk aprovechaba para enseñar a su hijo a tender lazos y excavar trampas, y también a detectar el rastro de los animales mediante el reconocimiento de sus huellas y heces. No obstante, las oportunidades de cazar propiamente dichas estaban siendo realmente escasas.

Sialuk había puesto rumbo al noreste, con el fin de cubrir nuevas extensiones de terreno que aún les quedaban por explorar. La caminata estaba siendo muy exigente, larga y pesada, y aunque Anori no se quejaba, resultaba más que obvio que estaba agotado y que apenas podía aguantar el ritmo de los demás.

—Hagamos un descanso —señaló.

El grupo se sentó sobre unas piedras y compartió los restos putrefactos de un ave que Sialuk había traído consigo. Una suave brisa recorría la llanura, meciendo las nubes bajas teñidas de tonos bermejos. La pausa fue breve y enseguida se levantaron para reanudar el camino. Anori, sin embargo, permaneció sentado en su sitio, con los ojos cerrados como si se hubiese quedado dormido.

—Vamos, hijo. Tenemos que continuar.

El crío abrió los ojos, se puso en pie y miró en derredor como si oteara el horizonte.

—Los caribúes no están por allí —dijo haciendo referencia a la dirección hacia la que se dirigían—, sino por aquel otro lado —añadió señalando al sudeste.

—No puede ser —le corrigió Sialuk—. Aquella parte del territorio ya la exploramos. Además, ¿tú cómo lo sabes?

—Me lo acaban de decir ellos mismos —aclaró con absoluta naturalidad—. Quieren que les cacemos para que nuestro pueblo no se muera de hambre.

Los hombres del grupo intercambiaron miradas de perplejidad. Con todo, se tomaron las palabras de Anori muy en serio. Sialuk no sabía qué pensar, pero tampoco ignoraba que cada vez que su hijo había intentado cazar, jamás le habían faltado animales para intentarlo. Durante su adiestramiento, las focas siempre habían acudido al agujero donde las esperaba de forma sorprendentemente rápida, casi como atraídas por una fuerza invisible. Y, de hecho, en ese instante también le vino a la cabeza que la única vez que logró pescar durante el penoso viaje que emprendieron huyendo de los *qallunaat*, fue la mañana en que Anori le hizo compañía.

—¿Y si lideras tú la marcha? —concluyó finalmente Sialuk.

Anori asintió y echó a caminar con paso firme y decidido.

Al cabo de una hora llegaron al pie de un montículo, cuya falda ascendieron no sin esfuerzo. En el punto más alto se detuvieron a mirar y el espectáculo que se desplegó ante sus ojos les dejó boquiabiertos: una inmensa manada de caribúes pastaba mansamente en la llanura, mientras se desplazaba poco a poco. Después de semanas de búsqueda infructuosa, por fin los habían podido localizar.

Tratar de cobrarse alguna pieza en ese momento tan solo habría servido para provocar una estampida. Resultaba mucho más sensato volver al poblado y avisar a Malik con el fin de reunir a todos los hombres disponibles. Ahora que conocían la travesía que los caribúes habían emprendido aquel año, podían preparar una emboscada para el día siguiente y hacerse con decenas y hasta centenares de ellos.

Tan pronto como dieron a conocer la noticia, la euforia se extendió por toda la aldea. No obstante, antes de planificar la cacería, Sialuk prefirió encargarse de un asunto que no podía esperar. Acompañado de su hijo, ambos se acercaron al refugio de Alornerk. Todo el mundo sabía que el único capacitado para comunicarse con los *inua* era el chamán. Sin embargo, resultaba innegable que, de alguna manera, Anori parecía conocer el lenguaje secreto de los animales.

Sialuk no escatimó en detalles y llevó a cabo un exhaustivo relato de los hechos. El *angakkoq* entornó los ojos y escuchó con gran atención, consciente de que si Anori manifestaba verdaderamente signos especiales, era su deber tomarlo como aprendiz.

—Déjale conmigo unos días —dijo—. Y si tras someterle a unas pruebas compruebo que estás en lo cierto, le prepararé para que siga mis pasos.

CAPÍTULO QUINTO

El hallazgo de los caribúes les solventó un verano que se les había puesto muy difícil, y les proporcionó un cambio de estación placido y tranquilo.

La entrada del otoño trajo consigo el habitual descenso de las temperaturas, aunque de momento la caza continuaba siendo buena. Los esquimales no sabían vivir de otra manera. El futuro a largo plazo no existía y tan solo alcanzaban a preocuparse por el presente o el futuro más inmediato. Cuando abundaba el alimento comían tanto como podían, y cuando faltaba eran capaces de pasarse largas temporadas sin apenas probar bocado.

En la aldea, además, todos sabían que su salvador había sido Anori, al que Alornerk había aceptado definitivamente como aprendiz. El muchachito poseía un indiscutible don natural, que el chamán debía enseñarle a controlar y expandir. Su adiestramiento incluía la memorización de los rituales y canciones mágicas, el dominio de los viajes espirituales, y el conocimiento de las técnicas ancestrales necesarias para comunicarse con los *inua*. Anori no cabía en sí de felicidad, tras haber hallado por fin el verdadero lugar que le correspondía entre los suyos.

Ituko y Kireama, por su parte, habían consolidado su matrimonio desde que hubiesen iniciado su vida juntos, y a nadie habría extrañado la noticia de que pronto engendrasen descendencia. El divorcio, aunque permitido, no parecía precisamente el destino que les aguardaba como pareja, pues el amor que se profesaban se acrecentaba día a día. Asimismo, sus madres respectivas, Nuvua y Meriwa, les ayudaban en todo lo que podían, para de ese modo suplir su falta de experiencia en la llevanza de un hogar.

Al mismo tiempo, el embarazo de Meriwa ya había superado los meses de mayor riesgo, y todo apuntaba a que el bebé nacería a lo largo de la siguiente estación.

Entre Sialuk y Malik nada había cambiado. Ni la unión de sus hijos, ni la época de bonanza por la que atravesaba la aldea fue suficiente para que se reconciliaran, o al menos acercasen sus posturas. De hecho, la relación entre ambos se encontraba en su punto de mayor tensión.

Todo se debía a que Malik, sin poder hacer nada por evitarlo, había terminado perdiendo su liderazgo en favor de Sialuk. Al buen hacer de este último, cuyo comportamiento había reflejado desde el principio los valores tradicionales de la

sociedad inuit, se le había unido la providencial intervención de su hijo Anori, al que ya todos reconocían como el futuro chamán de la tribu.

Malik había encajado muy mal aquel menoscabo de su estatus, y finalmente había decidido resolver aquel asunto desafiando a Sialuk en un duelo cantado, que recibía el nombre de *tordlut*.

Aquella tarde, el sol de poniente se derramaba sobre el poblado y vestía el manto terrestre de un tono escarlata. No obstante, las temperaturas se mantenían siempre bajo cero, debido al frío aliento que de forma permanente descendía desde las colinas.

Malik hizo pública su intención de enfrentarse a Sialuk, y rápidamente los habitantes de la aldea formaron un corro en torno a ellos para presenciar un acto considerado de enorme importancia social. En la sociedad esquimal, el *tordlut* servía precisamente para resolver los conflictos existentes entre dos miembros de la comunidad, cuando la situación se volvía insoportable. El rival que se sentía ultrajado improvisaba una canción para ridiculizar a su oponente, criticarle por su comportamiento, o sencillamente insultarle de la forma más provocadora posible. Su contrincante debía escucharle sin inmutarse y después tenía que darle la réplica. Los intercambios de acusaciones iban subiendo de tono, hasta que al final salía derrotado el primero de los dos que perdiese los estribos.

—¿Cómo has osado arrebatarme el puesto que por derecho me correspondía, cuando tú no eres más que un recién llegado al que yo mismo acogí en el poblado haciendo gala de mi esplendidez?! —Malik efectuó su reproche a modo de canto, como mandaba la tradición—. Ni siquiera un estropajo de piel zorro sería tan desagradecido como tú.

—¡Si la gente ha preferido escogerme como líder, es porque ellos mismos así lo han querido! —replicó Sialuk—. Lo cual tampoco me sorprende, teniendo en cuenta que la generosidad de la que tanto alardeas no existe más que en tu propia imaginación. Hay más caridad en un témpano de hielo que en tu alma de hombre inuit.

—¿Acaso no soy el mejor cazador, pedazo de morsa?!

—Pero careces de la modestia necesaria para ser tomado en serio, excremento podrido de foca.

La multitud jaleaba el enfrentamiento dialéctico y reaccionaba con carcajadas a

las puyas más ingeniosas de cada uno de los adversarios. Si ninguno de los duelistas perdía los nervios y como consecuencia de ello se producía un empate, correspondía a los espectadores elegir al ganador. Dicho honor recaía en el que hubiese hecho uso de una lengua más afilada, y también en el que hubiese desplegado un mayor ingenio de los dos. El fin del *tordlut* no era hacer justicia, sino resolver el conflicto de manera pacífica para evitar males mayores. En ocasiones, incluso, el vencedor del mismo era realmente culpable del reproche que se le hacía.

—Me recriminas no respetar los valores morales que se le suponen a todo líder, cuando tú mismo reniegas de nuestras costumbres, tras despreciar la muestra de aprecio y amistad que te hice al proponerte el intercambio de nuestras esposas al poco de tu llegada. —Malik acompañó su alegato con todo tipo de gestos provocativos—. Aunque con la nariz de kayak que tiene Meriwa, creo que más bien le habría hecho un favor más que otra cosa.

La mención a su esposa enfureció particularmente a Sialuk, que para conservar la calma tuvo que hacer un enorme esfuerzo. La propia Meriwa asistía con preocupación al duelo, sintiéndose de inmediato avergonzada ante aquella alusión tan directa hacia su persona.

—Pues para ser esa la opinión que tienes de mi mujer, resulta bastante paradójico lo que le hiciste poco después, cuando la violaste como el zorro ladino y miserable que eres, y a punto estuviste de causarle la muerte.

La sombra de la duda había sobrevolado siempre sobre Malik, y el hecho de que Sialuk volviese acusarle en público de aquel terrible delito por poco le hace estallar y lanzarse contra él. En el último momento, sin embargo, logró controlarse para evitar que su contrincante se alzase con la victoria.

El duelo estaba muy reñido y los espectadores tomaban partido por uno y otro conforme se sucedían las réplicas, a cada cual más ultrajante y despectiva. Si el *tordlut* no se resolvía por sí solo, no lo tendrían nada fácil para elegir un ganador.

—Tus acusaciones no son más que vulgares calumnias —contraatacó Malik—. No obstante, lo que resulta innegable es lo pésimo padre que eres, incapaz siquiera de hacerte cargo de tus propios hijos. De lo contrario, jamás habrías abandonado a Nukappi a los hielos como si fuese una despreciable cría de lobo, durante el largo viaje que hiciste para llegar hasta aquí. Un acto tan mezquino solo puede ser propio de alguien que carece de todo rastro de moral.

Aun tratándose de un golpe bajo, Sialuk no supo encajarlo. En época de

penurias, a nadie se le escapaba que el infanticidio constituía la única salida para que otros pudiesen sobrevivir. Y, por descontado, el sufrimiento de los padres era tan grande, que solía acompañarles por el resto de sus vidas.

Inmerso en el fragor de la contienda, Sialuk fue incapaz de mantener la cabeza fría y se dejó arrastrar por la provocación de su enemigo. Acto seguido, se abalanzó sobre Malik para agarrarle por el cuello, gritando improperios a todo pulmón. Los hombres que asistían al acto reaccionaron enseguida y entre todos ellos redujeron a Sialuk, que necesitó de varios minutos para recobrar la compostura. Cuando lo hizo, se sintió como un idiota por haberse dejado ir de aquella manera. Su propio comportamiento le había llevado a convertirse en el perdedor del *tordlut*.

Malik, mientras tanto, alzaba los brazos en alto y celebraba entre risas la victoria sobre su adversario, al que no le quedaba más remedio que aceptar el resultado del duelo. Sialuk estaba obligado a cederle el liderazgo, o se arriesgaba a que toda la comunidad le diese la espalda a modo de castigo. En todo caso, Malik también debía de extraer una valiosa lección de todo aquello, pues los suyos no volverían a seguirle a cualquier precio, a menos que apreciaran en él un cambio de conducta. Además de su habilidad como cazador, también tendría que actuar conforme a los valores de la modestia y la generosidad, o los aldeanos volverían a retirarle de nuevo la confianza en favor de un tercero.

Meriwa se acercó hasta donde se encontraba su esposo y le sujetó la cara entre las manos.

—No hagas caso de lo que dijo Malik. Ni siquiera él lo piensa de verdad. Lo único que quería era sacarte de quicio.

—Y lo consiguió —se lamentó Sialuk.

—No pienses más en ello. Además, sé que el bebé que viene de camino es un varón. —Meriwa se acarició su ya abultado vientre—. Así que le llamaremos Nukappi, para que nuestro hijo desaparecido se reencarne a través del nombre en el que está por venir.

En mitad de la estación otoñal, tuvo lugar un acontecimiento que vino a alterar de repente la habitual rutina de la aldea.

Si la llegada de visitantes solía constituir un evento especial, todavía lo era más si estos conformaban un grupo numeroso. La sorpresa fue aún mayor al darse cuenta de que los viajeros, que se desplazaban en trineos tirados por perros, eran solo

mujeres y los niños pequeños de estas. Los rostros de todas ellas despertaron la pronta compasión de los presentes, pues sus expresiones evidenciaban que habían sido víctimas de una terrible tragedia, que finalmente les había llevado a tener que huir.

Malik se hizo de inmediato cargo de la situación y se ocupó de atender a los recién llegados, que además de fatigados también mostraban signos claros de haber pasado hambre. Entre la media docena de mujeres que integraban la expedición, había un único hombre llamado Amaruk, que apenas se podía mover porque estaba herido en una pierna.

—Los *qallunaat* —pronunció con voz trémula.

Sialuk, que junto a otros cazadores más se había arremolinado en torno a Amaruk, sintió un escalofrío al recordar el ataque del que su poblado había sido objeto hacía ya casi un año. Los hombres maldijeron por lo bajo, y a continuación se dispusieron a escuchar de boca del protagonista el relato de lo ocurrido.

El día de los hechos, los hombres de su modesto asentamiento habían salido de caza, con intención de emboscar una manada de caribúes cuyo rastro habían localizado la jornada anterior. Y, si bien era cierto que el número de ejemplares era bastante escaso, no por ello dejaba de constituir una valiosa captura a aquellas alturas del año. Apenas llevaban unos minutos erigiendo una cerca de piedras, cuando de repente se vieron sorprendidos por una cuadrilla de *qallunaat* que, sin ellos saberlo, habían levantado un campamento cerca de allí.

Los vikingos no acostumbraban a alejarse tanto de sus colonias, salvo cuando organizaban expediciones de caza, en cuyo caso no dudaban en adentrarse en territorios muy retirados de su zona de control.

Los esquimales sabían que se enfrentaban a un serio problema, pues los *qallunaat* se dedicaban ahora a competir por los recursos naturales de los cuales ellos se abastecían. Unos y otros echaron mano a sus armas de forma instintiva, al tiempo que se desafiaban con la mirada. Aunque cabía la posibilidad de establecer un diálogo, los vikingos no tenían el menor interés en abordar el conflicto de forma pacífica. Por nada del mundo estaban dispuestos a permitir que nadie les arrebatase la caza que habían ido a buscar. El hombre al mando dio una orden y se lanzaron al ataque gritando intimidantes consignas.

Amaruk y sus compañeros se defendieron de la acometida de los *qallunaat* con su coraje habitual, y también con la valentía con que solían emplearse para

enfrentarse a osos polares y a ballenas de varias toneladas. Con todo, sus enemigos les doblaban en número, y ante aquella circunstancia tan adversa poco o nada pudieron hacer.

Tan solo él logró escapar con vida, sin poder evitar una herida que seguramente le dejaría lisiado para el resto de sus días.

Sin cazadores, a las mujeres del asentamiento no les quedó más remedio que abandonar el lugar. De lo contrario, no habrían podido sobrevivir. Muertas de miedo, cargaron los trineos con las provisiones de que disponían, y con los niños a cuestas pusieron rumbo al poblado más cercano.

—Hemos llegado justo a tiempo, pues ayer mismo se nos agotaron todas las reservas —concluyó Amaruk.

Malik tomó la palabra para decir en voz alta lo que todos tenían en mente.

—Podemos hacernos cargo de vosotros durante unos cuantos días, pero por desgracia no podemos acogeros aquí.

Así era. Si la media docena de mujeres más sus hijos se quedasen en la aldea, se produciría un desequilibrio que les resultaría imposible de corregir. No había suficientes cazadores como para dar de comer a tantas bocas. Cuando llegase el invierno, el hambre se cebaría con ellos, y los más débiles serían los primeros en morir.

—Lo comprendo —repuso Amaruk—. De hecho, ya había pensado en otra alternativa. De todos es sabido que en la isla del Oso Blanco, donde las condiciones climáticas son mucho más severas, las mujeres escasean y son siempre bien recibidas. Tan solo necesitaríamos un *umiak* para llegar hasta allí.

La propuesta formulada por el visitante abrió un debate entre los esquimales que se habían arremolinado en torno a Malik para discutir la cuestión. El destino mencionado se correspondía con la actual Isla de Ellesmere, perteneciente al archipiélago Ártico Canadiense.

—Podríamos cederos un *umiak*, pero de poco os serviría sin un hombre capaz de pilotarlo. Tú, desde luego, no estás en condiciones de poder hacerlo. Y no creo que nadie sea tan temerario como para aventurarse en un viaje que entraña un riesgo tan elevado. —Malik tomó aire y explicó a qué se refería—. Cuando lleguéis a vuestro destino, tendréis que recorrer la isla en busca de pequeños asentamientos donde poder ir dejando a las mujeres una a una. Eso llevará un tiempo. Para entonces, el océano ya se habrá helado y el hombre que os acompañe ya no podría regresar en barco. Como

te puedes imaginar, no puedo pedirle a nadie que se arriesgue de esa manera.

—Yo lo haré —intervino Ituko dando un paso al frente.

—¿Pero qué dices, hijo? ¿Te has vuelto loco? —rebató Malik de inmediato—. ¿Sabes los peligros a que te expones si acabas pasando el invierno en la isla del Oso Blanco?

—No lo pasaré allí —afirmó con rotundidad.

—¿Y cómo piensas regresar?

—Atravesaré el mar helado en un trineo de perros.

—¿Acaso sabes lo que dices? Te llevará semanas recorrer una distancia así.

—Me aprovisionaré antes de partir y llevaré las herramientas y las armas de caza para abastecerme por el camino. Construiré un iglú cada noche y proseguiré la marcha a primera hora del día siguiente. Puede hacerse. Tú me has enseñado bien.

Ituko estaba decidido y nadie le convencería de lo contrario. Pero lo más importante era que no lo hacía por sí mismo ni por demostrarle nada a nadie, sino sencillamente porque sabía que aquello era lo correcto.

Aquella noche todos los hombres se reunieron en el *kashim*, incluido Alornerk, cuyo consejo solía ser tenido muy en cuenta. Excepcionalmente, Anori también se hallaba presente, pues casi nunca se separaba de la vera del chamán desde que este le hubiese tomado como aprendiz.

El tema de la reunión versaba en torno a la amenaza de los *qallunaat*. Algunas voces se habían alzado para clamar que ya había llegado la hora de tomar cartas en el asunto. Con solo defenderse no era suficiente. Los extranjeros les robaban la caza cuando se les antojaba, y si era necesario los asesinaban sin vacilar un segundo. El problema, aunque ya venía de lejos, había alcanzado su punto más álgido.

—¡Deberíamos atacarles en sus propios territorios, de la misma manera que ellos hacen con nosotros! —exclamó categóricamente Sialuk, que sabía de primera mano lo que era sufrir un drama parecido en carne propia.

—Todos compartimos los mismos deseos de venganza —dijo Malik en calidad de moderador—, pero deberíamos conservar la calma y pensar con sangre fría.

Al tiempo que discutían, los asistentes daban buena cuenta de una succulenta fuente de carne de morsa que las mujeres habían preparado.

—Si decidís atacar, no lo hagáis hasta que yo haya regresado de la isla del Oso Blanco —terció Ituko, haciendo gala del espíritu belicoso propio de su juventud.

—Descuida —repuso Sialuk—, hacer tal cosa durante el invierno sería un disparate. A estas alturas del año, ya no quedaría más remedio que esperar hasta la siguiente primavera.

Malik elevó los brazos y pidió la palabra.

—No debemos perder de vista que ellos cuentan con la ventaja de que sus poblados concentran grandes cantidades de personas. —Así era. La totalidad de la población vikinga se aglutinaba únicamente en torno a dos colonias situadas en la costa occidental de Groenlandia—. Nuestros asentamientos, en cambio, son de escaso tamaño y se encuentran muy dispersos entre sí.

—Así es nuestra forma de vida —apuntó Alornerk—. De otra forma, nos resultaría imposible sobrevivir en estas tierras.

—En efecto. No obstante, para el tema que nos ocupa supone un inconveniente más que otra cosa.

Un murmullo de aprobación recorrió el refugio de pieles.

—Podríamos tratar de formar un frente común entre varias aldeas —propuso Malik.

—Demasiado complicado —objetó Sialuk—. No funcionaría. Sin embargo, de aquí mismo podría salir una cuadrilla de guerreros. Una docena de nosotros nos bastamos como para llevar a cabo un asalto en toda regla.

—¿Y cómo lo haríamos? —terció Ituko.

—Su zona fronteriza tendrá puntos débiles, de eso estoy seguro. Hagamos tanto daño como nos sea posible en uno de sus asentamientos más vulnerables. El factor sorpresa jugaría a nuestro favor. Ellos no se esperan un ataque por nuestra parte.

—Y, aparte de venganza, ¿qué lograríais con eso? —inquirió Alornerk.

—Amedrentarles para que nos dejen en paz.

Los esquimales allí reunidos jalearon el contundente alegato de Sialuk, dejando así muy claro que la mayoría estaba de acuerdo.

—No te engañes a ti mismo. En todo caso, lo único que conseguiríais sería alimentar una espiral de violencia mayor. —Cuando el *angakkoq* hablaba todos escuchaban con atención, Anori más que ningún otro—. Si de verdad queremos que los *qallunaat* no vuelvan a ser un problema, tendríamos que llevar a cabo un ataque que fuese definitivo.

—¡Eso es imposible! —protestaron algunos—. ¡Son demasiados!

—Es imposible para nosotros... —admitió Alornerk—, pero no hay nada

imposible para nuestra divinidad más poderosa...

Además de Sedna, la diosa de los mamíferos marinos, la otra gran divinidad esquimal era aquella que gobernaba sobre la naturaleza y el clima. Su nombre era Sila y era especialmente respetada pues, de forma indirecta, de ella dependía la abundancia o escasez de la caza.

—¿De qué hablas? —preguntó Malik.

—Cuando ha sido necesario, he viajado al mundo de los espíritus y me he comunicado con la diosa para pedirle por un clima más benigno que nos permitiese sobrevivir. Pero... ¿Y si esta vez le pidiésemos lo contrario? Es decir, inviernos más largos y un descenso aún más generalizado de las temperaturas...

El silencio se apoderó del *kashim*. Todos los presentes, incluidos los más aguerridos, temblaron ante aquella posibilidad absolutamente aterradora.

—Si tal cosa ocurriese —intervino Sialuk—, a nosotros también nos perjudicaría.

—Así es —reconoció el chamán—. No obstante, nosotros estamos lo suficientemente capacitados como para superar las adversidades. No en vano, llevamos incontables años adaptándonos al medio y viviendo en las condiciones más extremas. Por el contrario, los *qallunaat* no serían capaces de hacerlo porque ellos no son originarios de estas tierras. Si ahora tienen problemas, estos no serán nada con los que les depararía el futuro más inmediato. No lo soportarían. En tales circunstancias, más les valdría abandonar la isla, o todos ellos acabarían pereciendo aquí.

—Y los extranjeros dejarían de ser para siempre un problema...

—Exacto. En todo caso, debemos tener muy claro que si seguimos adelante, por nuestro lado también se producirán muertes. Es inevitable.

Pese al precio tan alto que tendrían que pagar, todos aceptaron el plan propuesto por Alornerk. Al fin y al cabo, desde que nacían todos asumían la regla de oro que imperaba en aquellas tierras: la supervivencia del grupo estaba siempre por encima de la del individuo.

CAPÍTULO SEXTO

Antes de la llegada del invierno, el poblado se trasladó de nuevo a la zona costera, donde volvió a levantar un asentamiento con refugios de piedra y tejados de turba que les protegiese del viento y el frío.

Como siempre, la estación invernal era la época de menor actividad, y la escasa caza que se llevaba a cabo era la de la foca que acudía a respirar a los agujeros abiertos en la capa de hielo. El resto del tiempo lo empleaban haciendo vida social, con visitas asiduas de una casa a otra, e intercambios de esposas pensados para estrechar las amistades y de paso hacer las noches más excitantes y distraídas.

Tras el *tordlut*, Malik había recuperado su condición de jefe oficioso del poblado, aunque esta vez se había hecho realmente merecedor de tal condición. El antaño engreído líder se mostraba ahora mucho más comedido, y comenzaba a pensar más en el bienestar de los demás que en el suyo propio.

Sialuk se había dado cuenta del cambio y, pese al durísimo duelo cantado que habían protagonizado, estaba decidido a dejar atrás el pasado para propiciar una reconciliación entre ambos, que se materializase al menos en una relación cordial. El pueblo inuit atravesaba por un momento extremadamente delicado, y en tales circunstancias lo más adecuado era permanecer unidos ante la adversidad.

Las últimas informaciones hablaban de nuevos ataques de los *qallunaat* sobre las aldeas situadas en el área más meridional, para hacerse con las reservas de las que habían hecho acopio para el invierno.

Por su parte, Meriwa se encontraba ya en la última etapa de su embarazo, de manera que le costaba mucho trabajo llevar a cabo grandes esfuerzos por sí sola. Como consecuencia de ello, su hija se había trasladado a vivir con ella, para así ayudarla con las tareas cotidianas y velar por su salud. A Kireama también le convenía tener compañía, pues Ituko llevaba varias semanas fuera desde que hubiese partido rumbo a la isla del Oso Blanco. La muchacha se pasaba parte del día llorando, y la otra consumida por la preocupación. La aventura en la que se había embarcado su joven esposo implicaba asumir un gran riesgo, y la posibilidad de que nunca más volviese a verle apenas la dejaba dormir.

En lo concerniente a Alornerk, el chamán se había recluso en el refugio apartado que habitaba, ejercitándose a conciencia para la ceremonia a través de la cual contactaría con la poderosa Sila, como último recurso para hacer frente a la

amenaza de los *qallunaat*. Un ritual de tales características requería de muchísima preparación, además de que solamente podía realizarse en la fecha adecuada, en función de la posición de los astros. Ni siquiera un *angakkoq* experimentado y con las dotes innatas tan desarrolladas para conectar con la esfera de lo sobrenatural, tenía garantizado llevar a cabo con éxito un acto de semejante naturaleza.

Anori le asistía en todo momento y absorbía los conocimientos que le proporcionaba su maestro con enorme facilidad. Aunque se tratase de solo un niño, Alornerk era muy consciente del potencial de su pupilo, al que le auguraba el más brillante de los futuros. Si nada raro ocurría, todo apuntaba a que Anori podía llegar a convertirse en el *angakkoq* más ilustre que el pueblo inuit hubiese conocido en incontables generaciones.

Se trataba de una mañana nublada y de escasa luz solar, bastante habitual durante aquella época del año, cuando algunos aldeanos avistaron un punto en la distancia, claramente distinguible en la vasta capa de hielo transparente que se extendía a lo largo del horizonte.

Lo que se desplazaba a considerable velocidad era un trineo tirado por perros, a bordo del cual iba una única persona. Todo apuntaba a que debía de tratarse de un visitante de un asentamiento cercano, que quizás trajese noticias importantes, o puede que tan solo pretendiese comerciar.

La curiosidad por conocer la identidad del viajero se transformó rápidamente en alegría, tan pronto como reconocieron en el rostro del mismo al valiente Ituko, de cuya partida ya había transcurrido más de un mes.

La voz se corrió a toda prisa y en cuestión de segundos acudieron a recibirle tanto sus padres como su joven esposa Kireama. No obstante, enseguida se dieron cuenta de que algo no marchaba bien. Al muchacho le costaba articular palabra, temblaba de forma descontrolada y tenía adheridos a la cara fragmentos de hielo solidificado, en torno a la nariz y las cejas.

Malik no lo dudó un instante y condujo inmediatamente a su hijo al interior del refugio familiar, para tratarle cuanto antes de los síntomas de hipotermia que le aquejaban. Kireama, nerviosa, palpaba el rostro de Ituko mientras gimoteaba frases sin sentido.

Una vez dentro de la casa, desvistieron a Ituko porque sus prendas se hallaban húmedas y las reemplazaron por ropa seca. Además, le introdujeron dentro de un saco

de piel, y colocaron la lámpara de esteatita cerca de él para que notase el incremento de la temperatura. Un poco más tarde estuvo en condiciones de poder beber, de modo que comenzó a sorber un té caliente que le devolvió las ganas de hablar.

—Durante el último tramo del viaje cometí el error de atravesar una franja de hielo de escasa profundidad, que se resquebrajó al paso del trineo —explicó—. Un perro cayó al agua y al tratar de salvarlo se empapó parte de la ropa que llevaba encima. Después de aquello, estaba convencido de que no llegaría hasta aquí.

—Pero lo hiciste, hijo —repuso Malik—. Y todos estamos muy orgullosos de ti.

—¡Júrame que nunca más volverás a hacer algo así! —suplicó Kireama con desesperación.

Ituko no prometió nada, pero le tomó de la mano para consolarla y hacerle saber que el peligro ya había quedado atrás.

—Muy pocos antes que tú han podido llevar a cabo semejante hazaña —dijo Malik retomando la palabra—. ¿Cómo ha sido el viaje? ¿Pudiste ayudar a esas mujeres y niños a encontrar un hogar donde poderse establecer?

—La travesía en *umiak* fue aterradora porque algunas veces estuvimos a merced de las corrientes y las mareas. Con todo, la diosa estuvo de nuestro lado porque nos libró de las tormentas y mantuvo las aguas mansas la mayor parte del tiempo. Las mujeres remaron con la determinación propia de la gente de nuestro pueblo, y la vela cuadrada que ondeaba en el centro de la embarcación recogía el viento suficiente como para impulsarnos con más fuerza aún. El pobre Amaruk fue el único que pereció por el camino. Un espíritu maligno debió de entrarle por la herida que tenía, porque el aspecto de su pierna empeoró de forma alarmante hasta matarle al cabo de poco tiempo. Arrojé su cuerpo por la borda con la esperanza de que la diosa Sedna se apiadase de él.

—¿Y qué ocurrió cuándo llegasteis?

—Esa fue la parte más dura. En aquellas tierras del norte el clima es mucho más extremo que el nuestro. Aunque por lo menos no hay extranjeros porque ninguno sería tan estúpido como para querer vivir allí. Teníamos que recorrer grandes distancias para ser capaces de encontrar a otras personas. Los asentamientos eran muy pequeños. El mayor no albergaba más de tres o cuatro familias, y era habitual toparse con esquimales que vivían completamente solos. El nombre por el que se conoce la isla no puede estar mejor elegido, pues resultaba más fácil divisar a un oso

que a otro ser humano. —Ituko hizo una pausa para sorber un poco de té—. La parte positiva fue comprobar que lo que se dice de aquel lugar es absolutamente cierto: las mujeres escasean. Por eso, cada vez que llegábamos a un asentamiento, siempre había alguien dispuesto a tomar por esposa a una de ellas, y a hacer también de padre adoptivo de los críos que tuviese.

—¿Y el regreso? —inquirió Malik—. ¿Cómo lo encaraste?

—Me preparé bien. Cargué el trineo de provisiones y me hice acompañar por perros muy preparados, a los que calcé con abarcas para protegerles del largo viaje. Cuando las reservas comenzaron a agotarse, cacé focas para alimentarme. Ni los perros ni yo pasamos hambre. —Ituko suspiró y elevó la mirada como si intentase recordar un sueño que hubiese tenido largo tiempo atrás—. Lo peor fue la soledad y el hecho de contemplar hasta donde me alcanzaba la vista el mismo paisaje infinito cubierto de hielo y nieve. Llegado un punto, creí incluso haber perdido el sentido de la orientación.

Un pesado silencio cayó sobre la estancia.

—Ya has hablado bastante —terció Nuvua—. Ahora dedícate a descansar, que buena falta te hace.

Ituko se recuperó del todo en apenas dos días. A partir de ese momento, sin embargo, ninguno de los habitantes volvió a mirarle de la misma manera, pues en torno a su figura se produjo un cambio casi imperceptible, pero decididamente real. A nadie se le escapaba que en cuanto la edad comenzase a hacer mella en Malik, sería su propio hijo quien le sucedería como líder natural.

Por fin llegó la noche en que la esperada ceremonia tendría lugar.

El chamán invocaría a la diosa Sila para pedirle el endurecimiento de las condiciones del clima, y provocar con ello la marcha definitiva de los *qallunaat*.

Los hombres se habían congregado en el *kashim*, en torno a una tenue llama cuyo resplandor dotaba al lugar de un cariz espectral. Alornerk presidía la reunión, luciendo una pose de concentración que intimidaba solo con verla. A pesar de que las mujeres y los niños tenían prohibida la entrada, Anori se hallaba presente por expreso deseo suyo, para que fuese adquiriendo experiencia.

Malik e Ituko también ocupaban un puesto de honor, situados a la izquierda del *angakkoq*. Todos los asistentes aguardaban el ritual con gran expectación, salvo uno de ellos: Sialuk. El destino había querido que su mujer se pusiese aquella misma

noche de parto, y el cazador tenía más la cabeza puesta en el inminente nacimiento de su hijo, que en la trascendente ceremonia que estaba a punto de iniciarse. Sialuk, incluso, le había rogado al chamán que pospusiese la celebración del acto para el día siguiente. Sin embargo, este ni siquiera se había parado a contemplar dicha posibilidad.

Mientras tanto, Meriwa se preparaba para dar a luz en su refugio, asistida por Nuvua, que tenía bastante experiencia como comadrona, y también por su propia hija Kireama, que estaba ansiosa por conocer a su nuevo hermano.

Meriwa gemía debido a los dolores propios del parto, pero habiendo pasado antes por ello, se enfrentaba sin miedo a la situación.

—Lo estás haciendo bien —señaló Nuvua en tono alentador.

Kireama observaba la escena con muchísima atención, pues sabía que en un día no tan lejano ella sería la protagonista de la misma.

De rodillas y colgada por las manos del techo, Meriwa hizo un último esfuerzo, momento en que asomó la cabeza del bebé. A continuación, el recién nacido salió por completo del cuerpo de su madre, y fue a parar a los brazos de Nuvua.

—Es un niño —informó con una sonrisa.

Enseguida rompió a llorar, señal de que se convertiría en un inuit fuerte y valeroso, digno representante de su pueblo.

Kireama se ocupó de su madre, a la que ayudó a recostarse sobre un saco de pieles. Nuvua lavó al bebé, lo envolvió en una cálida piel de oso, y acto seguido se lo tendió a Meriwa, cuyo semblante palideció de repente al contemplar el rostro de su hijo a la luz de la lámpara de esteatita.

—Avisa a tu padre —le pidió a Kireama—. Dile que el niño está bien, pero que tiene que venir a verlo de inmediato.

La muchacha obedeció y dirigió sus pasos hacia la casa comunal, soportando la copiosa nevada que arreciaba en el exterior. Al llegar se arrastró a través de la entrada y se apostó en el umbral. En el interior, los hombres entonaban canciones mágicas, al tiempo que el chamán llevaba a cabo una especie de danza ritual. Sialuk vio a su hija en la puerta y comprendió que Meriwa ya debía de haber alumbrado al hijo que esperaban. Sin decir nada, abandonó la estancia en compañía de Kireama, que le comunicó que el recién nacido era un varón.

—¿Y de salud? —inquirió esquivando la nieve que les azotaba.

—Perfectamente sano —confirmó la muchacha, omitiendo el detalle que había

causado la alarma.

Sialuk entró en la casa y, tan pronto como contempló las expresiones de Meriwa y Nuvua, supo que algo no andaba bien.

—¿Qué ocurre?

Su mujer extendió al bebé que sostenía en brazos para que pudiese verlo mejor. Sialuk lo miró y compuso un gesto de estupefacción. Del asombro pasó a la indignación, y después a la cólera más absoluta.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Meriwa.

—Dame al niño.

Sialuk le arrebató al recién nacido y, apretándolo contra su pecho para protegerle de la nevisca, salió con él en dirección al *kashim*. A su regreso reinaba un silencio absoluto. Los asistentes habían adoptado una actitud recogida, mientras Alornerk se había sumergido en un profundo trance, señal de que había iniciado su viaje espiritual con destino a los dominios de Sila.

A Sialuk, sin embargo, nada de eso le importó, y comenzó a maldecir en voz alta como nunca antes nadie le había visto hacer. Los cazadores se miraron convencidos de que había perdido el juicio. ¿Cómo se atrevía a interrumpir la ceremonia de aquella manera?

Al final, el propio chamán salió repentinamente del trance, como consecuencia del escándalo que se había formado a su alrededor.

—¡Insensato! —rugió señalando a Sialuk—. ¡¿Eres consciente de que acabas de arruinarlo todo?!

Lejos de sentirse intimidado, Sialuk decidió ignorarle y continuó adelante con lo que había ido a hacer allí. Depositó al recién nacido en el suelo, junto a la hoguera, y mientras todos se inclinaban para mirarlo, él cogió un arpón que había apoyado en la pared.

—¡Fuiste tú quién violó a mi mujer y después casi la deja morir! —Sialuk apuntaba directamente a Alornerk con dedo acusador.

Todos giraron la cabeza en dirección al *angakkoq*, en cuyo rostro se hizo más que visible la culpabilidad que sentía. Los hechos hablaban por sí solos y negar lo evidente carecía de sentido. El bebé que Meriwa había parido llamaba especialmente la atención por una mancha que tenía en la cara, que le partía de la sien y se le extendía por toda la mejilla derecha. Una marca de nacimiento idéntica a la que durante toda su vida había lucido Alornerk.

Los siguientes acontecimientos se sucedieron a gran velocidad. Sialuk alzó el brazo y sin esperar explicaciones le clavó el arpón al chamán, dándole muerte casi de forma instantánea. Malik trató de impedirlo, pero reaccionó demasiado tarde.

—¿Qué has hecho?! —exclamó.

—Estaba en mi derecho. Lo sabes tan bien como yo.

—Nadie lo pone en duda —replicó—. ¿Pero acaso no podías haber esperado a mañana para dirimir la cuestión? ¡Alornerk era nuestra última esperanza!

Tan pronto como Sialuk se calmó, se dio cuenta de que Malik estaba en lo cierto. Aunque solo hubiese sido por una noche, tendría que haber dejado de lado sus emociones, y haber permitido que el chamán completase el ritual. Ahora, por culpa de su arrebato, había comprometido el futuro de toda la comunidad.

Los hombres se miraban unos a otros consternados, como si ninguno supiese qué hacer a continuación. Fue entonces cuando una voz se elevó sobre el angustioso silencio, para ofrecerse como salvador.

—Yo puedo hacerlo —afirmó Anori.

Después de todo lo que había pasado, la mayoría se había olvidado de la presencia del crío. El propio Sialuk se arrepintió en ese instante de haber acabado con la vida de Alornerk delante de su hijo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Malik.

—Yo podría llevar a cabo la ceremonia. Sé cómo hacerlo. He pasado semanas viendo cómo se preparaba Alornerk.

—¿Estás seguro?

Anori se encogió de hombros.

—Aunque nunca antes me he comunicado con la diosa, sí que lo he hecho en cambio con los *inua* de los animales. De modo que si lo intento, creo que lo conseguiré. Alornerk confiaba mucho en mi don natural.

Malik y Sialuk intercambiaron una fugaz mirada. Era una locura dejar en manos de un niño de diez años el futuro de su pueblo. Sin embargo, tampoco se perdía nada por intentarlo, excepto la seguridad del propio Anori, cuya alma podía llegar a extraviarse en el otro mundo y no regresar jamás.

Decidieron seguir adelante. Entre unos cuantos retiraron el cadáver de Alornerk y todos volvieron a ocupar sus respectivos puestos, con la salvedad de que esta vez Anori presidía la reunión. Al principio, algunos no se tomaron al crío en serio, hasta que comenzó a murmurar canciones mágicas con la convicción de un experimentado

chamán.

Anori entró en trance y viajó al reino de la diosa para efectuarle la petición que le habían encargado.

Y la diosa, para bien o para mal, le escuchó. Y accedió a concederle su deseo.

El clima empeoró y con el tiempo los *qallunaat* dejaron de ser para siempre un problema. Los esquimales también sufrieron las consecuencias, pero ellos supieron adaptarse del mismo modo que habían hecho a lo largo de toda su historia...

NOTA DEL AUTOR

A lo largo del siglo XIV sobrevino una pequeña glaciación que hizo descender rápidamente las temperaturas —cuatro grados en tan solo ochenta años—, cuyo impacto en Groenlandia fue especialmente dramático por razones obvias.

Los veranos se acortaron y se volvieron más fríos, provocando que los vikingos no tuviesen suficiente heno para alimentar al ganado en invierno. Las evidencias arqueológicas han demostrado que la población se vio obligada a sacrificar sus últimas vacas y perros para poder comer. El cambio climático también trajo como consecuencia el incremento de las placas de hielo en el océano, bloqueando la ruta hacia Groenlandia. La colonia nórdica se hallaba aislada del resto del mundo, y sus habitantes acabaron muriendo de hambre y de frío esperando un navío con suministros procedente de Noruega que nunca llegó. El último mercante había partido en 1410. Desde entonces nada más se supo. Tampoco pudieron abandonar la isla porque simplemente carecían de las materias primas necesarias para construir una flota. Se habían quedado sin madera.

Lo nórdicos solo habrían podido sobrevivir de haber adoptado los patrones de subsistencia de los nativos. Si disponían de poca madera para calentar e iluminar sus hogares, podrían haber usado grasa de foca como combustible para sus lámparas, como hacían los esquimales. También podrían haber adquirido sus métodos de caza, mucho más especializados y efectivos, que podrían haberles llevado por ejemplo a capturar ballenas, cosa que los colonos no podían hacer. Para huir, incluso, podrían haber aprendido a construir embarcaciones —los *umiaks*— al modo inuit, formadas por una estructura de hueso recubierta con pieles de foca y morsa cosidas fuertemente entre sí.

Pero no lo hicieron.

Los nórdicos se aferraron a su identidad cristiana y europea, y a sus propios valores culturales y forma de vida, desdeñando a los nativos por considerarlos paganos y primitivos.

La siguiente expedición oficial que se envió a Groenlandia no tuvo lugar hasta el año 1721. Fue organizada por la corona danesa con el curioso fin de convertir al protestantismo a aquellos descendientes de la antigua colonia vikinga de la que nada se había vuelto a saber. Por descontado, lo único que hallaron fueron las ruinas que testimoniaban su aciago final.

Como no podía ser de otra manera, la Pequeña Edad de Hielo también causó estragos entre los inuit. De hecho, los arqueólogos han descubierto numerosos refugios sellados, perfectamente conservados, que contenían los cuerpos de familias enteras de esquimales que murieron de hambre como consecuencia de la crudeza de los inviernos. Con todo, los nativos llevaban generaciones adaptándose al medio, y una vez más se sobrepusieron a las adversidades echando mano de su histórico estoicismo cultivado durante siglos, su imaginativa tecnología para construir viviendas y vehículos, así como sus sobresalientes y refinados métodos de caza.

Durante los siglos XVI y XVII, después de la fallida colonia vikinga, los siguientes “hombres blancos” que tomaron contacto con los esquimales de Groenlandia fueron los balleneros europeos, con los que probablemente practicaron el trueque en ciertas ocasiones. Al mismo tiempo, también tuvieron lugar contactos con los navegantes ingleses que por aquel entonces exploraban por vez primera las aguas del Ártico en busca del paso del Noroeste (nombre que se le atribuye a la ruta marítima que bordea Norteamérica por el norte, atravesando el océano Ártico y conectando el océano Atlántico con el océano Pacífico). Sin embargo, dichos contactos apenas influyeron en el modo de vida inuit.

El proceso de colonización de la isla por parte de los daneses tuvo lugar a partir de siglo XVIII, y se centró sobre todo en las misiones y el comercio. A partir de ese momento, la influencia de Occidente sobre los esquimales comenzó a hacerse notar. Los puestos comerciales se abastecían de la mercancía indígena, que a cambio recibía utensilios modernos, como las armas de fuego que poco a poco fueron sustituyendo al arco y la flecha en la caza del caribú. A través de las misiones religiosas se inició la conversión de los nativos al cristianismo, llevándose a cabo los primeros bautizos. Al mismo tiempo se produjeron los primeros matrimonios mixtos, dando lugar a una población mestiza que ya no era educada para cazar. Por desgracia, también brotaron epidemias que diezmaron buena parte de la población local. Si bien, por otra parte, las misiones y los puestos comerciales sirvieron para ayudar a los habitantes más vulnerables durante las épocas de hambrunas. Inevitablemente, conforme los tiempos fueron avanzando, la economía de subsistencia inuit se fue haciendo más dependiente del exterior.

Será a partir del siglo XIX cuando, desde el gobierno danés del que ya dependía políticamente la isla, se dictarían leyes específicas para proteger a la población nativa groenlandesa y procurar así su bienestar. Además, se crearon escuelas de magisterio,

se fundó el primer periódico publicado en la lengua indígena, y se introdujeron órganos de gestión local en los que participaban funcionarios y un renombrado cazador de focas procedente de cada distrito.

Finalmente, en el siglo XX, mediante la nueva constitución de Dinamarca de 1953, Groenlandia dejaría de ser una colonia para incorporarse al país como región.